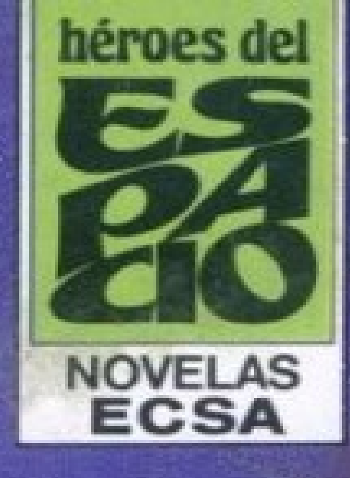


EL HORMIGUERO FELIZ

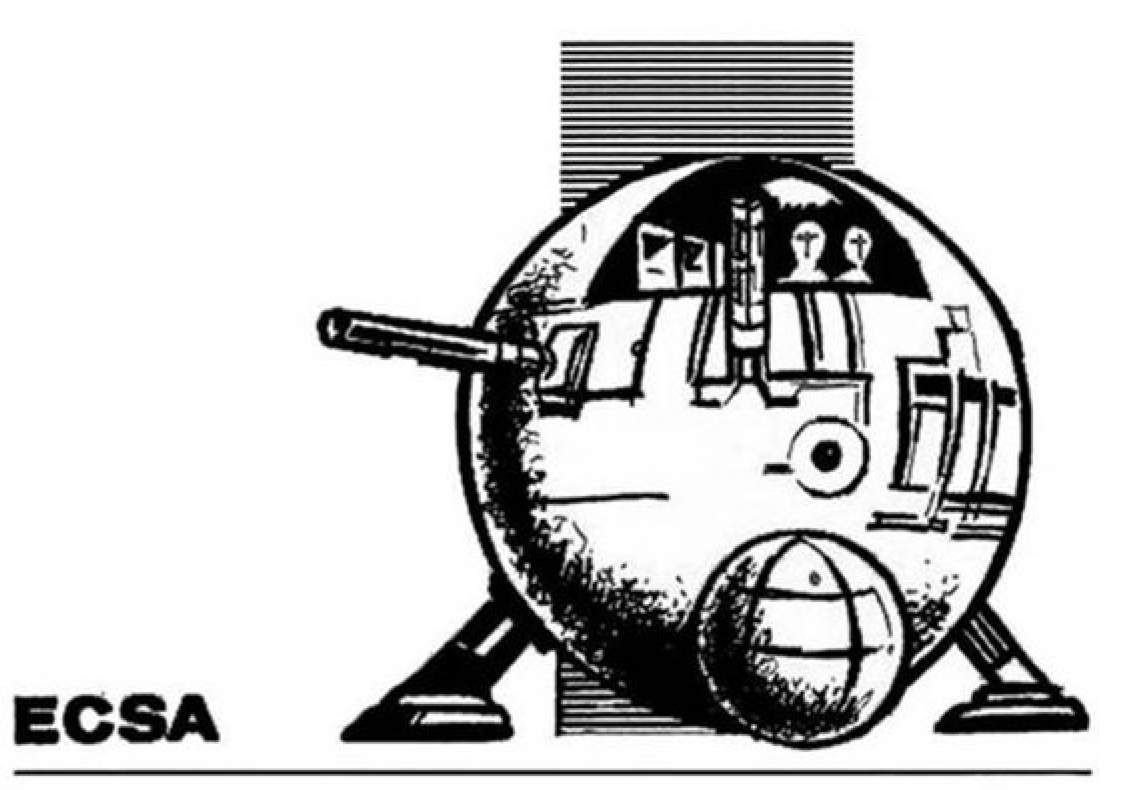
CLARK CARRADOS

SOLO PARA ADULTOS

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>



héroes del ESPACIO



<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

18 - *El planeta vivo*, Law Space.
19 - *Embriones y residuos*, Lou Carrigan.
20 - *Leyenda sin tiempo*, Curtis Garland.

21 - *La invasión de los cerebros*, Joseph Berna.
22 - *Respuesta humana*, Law Space.

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

CLARK CARRADOS

El hormiguero feliz

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 23
Publicación semanal

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

EDICIONES CERES, S. A.

AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (6)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 23.300 - 1980
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: septiembre, 1980

texto

cubierta

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A
Agramunt, 8
Barcelona - 6

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

CAPITULO PRIMERO

Tenía las palmas de las manos completamente empapadas de sudor, pero su lengua estaba seca, Rob Tower sabía que estaba a punto de entablar el último combate de su vida.

Lo peor de todo era que no podía ver a sus enemigos, a menos que ellos quisieran y, como parecía lógico, los sirkhs no iban a dejarse ver para que él pudiera ensayar la puntería de su pistola.

Curiosos seres aquellos sirkhs. Transparentes, pero no inmateriales y, aunque algunos de los ya difuntos tripulantes de la *Santa Ana* habían sostenido la teoría de su inmortalidad, lo cierto era que podían morir lo mismo que los terrestres.

Los sirkhs vivían centenares, si no millares de años, pero no eran inmortales. Y, a pesar de sus extrañas características morfológicas, transparencia y casi total instantaneidad en sus movimientos de traslación, lo cierto era que resultaban tan vulnerables como un terrestre a los efectos de un proyectil de nueve milímetros.

Sólo hacía falta verlos y ello se producía solamente en determinadas circunstancias, unos pocos minutos al amanecer o en el ocaso del día de veintiséis horas de aquel planeta. La tripulación de la *Santa Ana* había estado compuesta por una veintena de personas de ambos sexos, pero ahora el único sobreviviente era él.

Tower maldijo entre dientes la impetuosidad del difunto capitán Reggane, que le había llevado a chocar con los sirkhs apenas conocida su existencia. Las burlas de otros tripulantes, el desdén de la doctora Lang, la codicia del segundo Martens... Pero ¿a qué idiota se le había ocurrido seleccionar la tripulación de la astronave? Si el autor de tales nombramientos hubiese querido elegir la tripulación de una nave pirata, no habría podido hacerlo mejor.

Pero a estas alturas, se dijo, ya no cabían reproches para nadie. De veinte, habían muerto diecinueve. Sólo quedaba él y no por muchos minutos.

Pronto saldría el sol en aquel planeta. Entonces los sirkhs se volverían absolutamente invisibles y le atacarían.

Tower se estremeció. Sólo había visto morir a uno de los tripulantes —aunque había enterrado a los diecinueve—, y aquello había sido horrible. El hombre se había defendido con la energía de la desesperación, pero había sucumbido al número. Los sirkhs le habían envuelto por completo en una espesa e invisible capa letal y el hombre había muerto sencillamente por asfixia.

Un espectáculo horrible, recordó, mientras aguzaba la vista en busca de posibles enemigos. Había visto revolcarse al desdichado, aparentemente solo, pero, en realidad, cubierto completamente por aquellos extraños seres que habitaban el planeta. La muerte se había producido sencillamente por sofocación. Y lo más espantoso de todo era que sus matadores resultaban absolutamente invisibles.

Pero tenían cuerpos sólidos, a pesar de su total transparencia. Cuando les alcanzaba una bala,

resultaban tan vulnerables como cualquier terrestre. Más, porque solían morir instantáneamente, cualquiera que fuese el lugar donde recibían el impacto.

Y no tenían forma definida. Lo mismo parecían gigantescas hojas de árbol, que esferas o plantas con tentáculos...

Tower maldijo una vez más al capitán Reggane. ¿Por qué no había querido mostrarse amistoso y cordial con los nativos?

Se lo había dicho en muchas ocasiones. Tower era una especie de comisario administrativo de la nave, el sustituto del antiguo sobrecargo en los barcos de pasajeros, pero sin autoridad alguna para destituir a un capitán incompetente en el trato con extraños y lleno de ambición y codicia por enriquecerse rápidamente, y sin ningún escrúpulo sobre los procedimientos para conseguirlo.

El ejemplo de Reggane había arrastrado a los demás, Y así se había llegado a la catástrofe. En la superficie de aquel planeta había ahora diecinueve cruces sobre otras tantas tumbas. Tower se preguntó si los muertos se merecían aquel último homenaje.

Apretó la pistola con dedos crispados. Había sido un viaje poco menos que catastrófico desde el principio. No porque se hubiesen producido graves accidentes ni muertes en riñas provocadas por el alcohol. Pero la anarquía y la indisciplina habían sido moneda corriente casi desde el despegue. Diez hombres y diez mujeres... diez parejas para establecer una colonia en Ulthar 2... todos voluntarios, pero muy pocos, por decir ninguno, con el espíritu de un verdadero colono, dispuesto a cualquier sacrificio para conseguir sus objetivos de enraizar en un mundo extraño y fundar un nuevo país.

Las orgías habían empezado muy pronto. En vano Tower había intentado atajar el mal. Reggane, harto de sus reproches, había acabado por encerrarle en su camarote.

—Y puesto que no quieres a tu dama, me la quedaré yo —había dicho con una enorme carcajada de burla—. Como capitán, tengo derecho a dos mujeres. A ella no le importa compartirme con mi pareja...

Así había sido todo y así habían terminado todos.

Menos él.

Pero el sol asomaba ya por el horizonte. Los sirkhs atacarían antes de que el disco solar hubiese salido por completo.

Apretó de nuevo la pistola. Una extraña civilización, la terrestre, se dijo. Habían sabido construir naves capaces de llegar a cientos de años luz del planeta... pero las armas seguían siendo fundamentalmente idénticas a las del siglo XX. Nada de pistolas de láser o desintegradoras, como se leía antiguamente en las historietas de aventuras espaciales. Sólidas y confiables pistolas, con balas de nueve milímetros... pero inútiles contra los sirkhs.

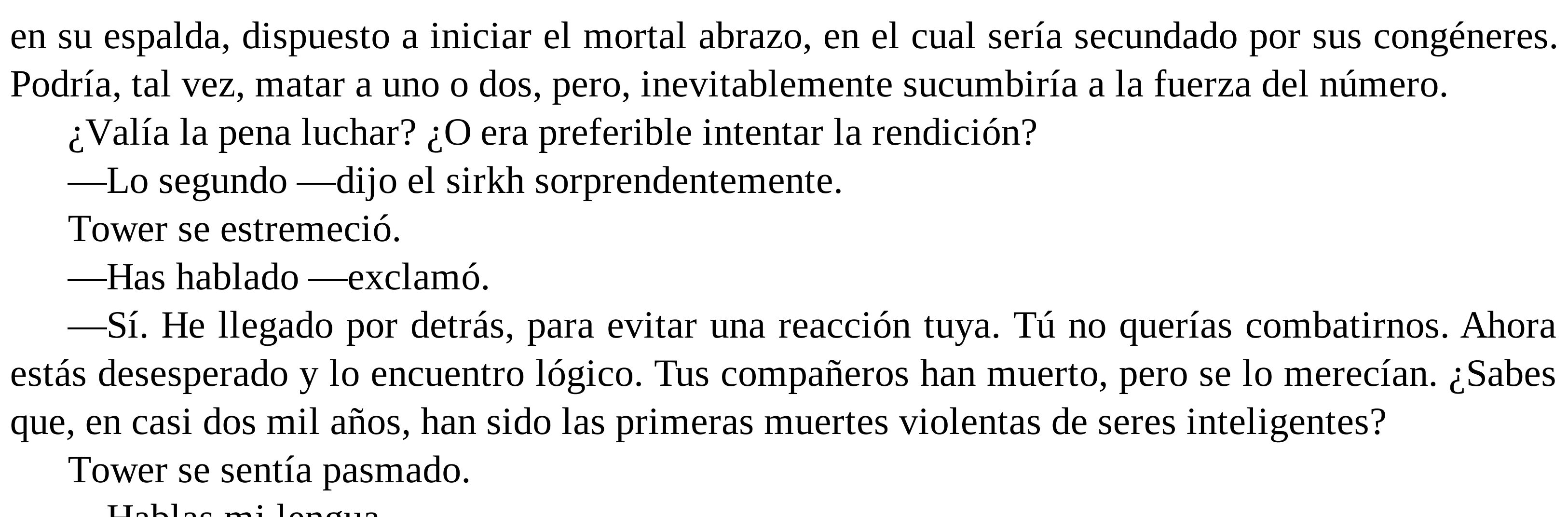
Y, repentinamente, algo cortó en seco sus melancólicas reflexiones.

El contacto de un cuerpo extraño con el suyo. Por la espalda y sobre los hombros.

«¡Ya están aquí!» fue lo primero que pensé,

* * *

El sirkh pesaba muy poco, pese a que tenía una corpulencia similar a la suya. Tower lo sentía



en su espalda, dispuesto a iniciar el mortal abrazo, en el cual sería secundado por sus congéneres. Podría, tal vez, matar a uno o dos, pero, inevitablemente sucumbiría a la fuerza del número.

¿Valía la pena luchar? ¿O era preferible intentar la rendición?

—Lo segundo —dijo el sirkh sorprendentemente.

Tower se estremeció.

—Has hablado —exclamó.

—Sí. He llegado por detrás, para evitar una reacción tuya. Tú no querías combatirnos. Ahora estás desesperado y lo encuentro lógico. Tus compañeros han muerto, pero se lo merecían. ¿Sabes que, en casi dos mil años, han sido las primeras muertes violentas de seres inteligentes?

Tower se sentía pasmado.

—Hablas mi lengua...

—Hablo en tu mente —dijo el sirkh—. Por eso me entiendes.

—Yo quería ser amigo vuestro... Entablar relaciones pacíficas, bajo el signo de la igualdad y la cordialidad...

—Lo sé. Por eso sigues vivo. Por eso volverás a tu planeta.

Tower se relajó. La tensión desapareció de su mente y de sus músculos. Aflojó los dedos de la mano y la pistola cayó sin ruido sobre el espeso césped.

—Te doy las gracias, quienquiera que seas —dijo.

—Soy uno más, aunque mis congéneres me nombraron para entablar relaciones contigo. En estos momentos, podría decirse que soy el jefe de los seres de mi especie. Lo que yo diga y haga, será aprobado por todos los demás. Y he decidido que puedes vivir y regresar pacíficamente a tu planeta.

—Nunca olvidaré tu gesto...

—Nosotros no olvidaremos nunca que fuiste el único que sintió amistad y afecto hacia nosotros. Eso también merece una recompensa.

—Por favor. Lo hice porque me pareció de justicia.

Tower creyó que el sirkh se había echado a reír.

—No vayas a creer que esa recompensa consiste en algo material .—dijo—. Y tampoco sabrás en qué consiste, hasta que te veas en algún grave apuro, cosa que, si no me equivoco, sucederá apenas pongas el pie en la Tierra.

—Me someterán a proceso, me juzgarán...

—Los apuros serán de índole muy distinta. Pero cuando te veas inmerso en problemas, esos mismos problemas te dirán la forma de resolverlos, solamente pensando en la recompensa que te hemos otorgado. Y ahora, sólo me queda despedirme de ti. Puedes regresar a tu nave en paz.

—¡Espera! —gritó Tower—. Dime cómo te llamas... Quizá algún día vuelva y me gustaría verte... Bueno, hablar... No, maldita sea; pensar contigo...

El sirkh volvió a reír silenciosamente.

—El nombre no importa —contestó—. Si un día vuelves por aquí, cosa que dudo sinceramente, piensa en mí y acudiré muy pronto. ¡Buen viaje de vuelta!

Y, de repente, Tower se quedó solo.

Miró a su alrededor.

El sol había salido ya y derramaba sus rayos sobre la superficie de Ulthar 2. Un mundo maravilloso para vivir y progresar, siempre que se tuviera en cuenta a sus nativos... siempre que se llegase allí con el espíritu en paz y el corazón limpio.

Tal vez volviera algún día, se dijo, mientras caminaba hacia el lugar donde se hallaba estacionada la nave. Pero, en todo caso, ese día aún quedaba muy lejos.

Ahora tendría que enfrentarse con un serio conflicto. Debería explicar las muertes de diez mujeres y nueve hombres. ¿Cómo lo haría?

¿Servirían de algo los consejos del sirkh?

El regreso no tenía problemas para él, pese a que no era astronauta con licencia. Todos los detalles técnicos del viaje habían quedado grabados desde el mismo momento del despegue. Pondría la nave en «automático». Las cintas funcionarían en sentido inverso y conducirían el aparato hasta la Tierra con absoluta seguridad, con la máxima precisión, hasta lograr su aterrizaje en el punto exacto de despegue. «Lo mismo que un tren en marcha atrás, sobre los carriles en que se ha movido desde su partida», pensé.

Alcanzó la *Santa Ana*, se sentó en el sillón que había sido del capitán Reggane y empezó a manejar los controles. Sentíase muy contento de volver vivo a la Tierra.

CAPITULO II

La astronave se posó suavemente en el suelo. Tower saltó a tierra y miró extrañado a su alrededor.

—¿Qué diablos pasa aquí? —exclamó.

El astropuerto aparecía completamente desierto. No se veía a nadie en los edificios cercanos. La animación y el bullicio que siempre reinaban en aquellos parajes se habían extinguido por completo.

Sólo habían transcurrido dieciocho meses desde su partida. ¿Había ocurrido alguna gran catástrofe en el planeta?

Cargado con un pequeño maletín que contenía sus efectos personales, y una cartera de mano, repleta de notas e informes, avanzó hacia el edificio principal. De pronto, reparó en algo que le hizo sentirse profundamente preocupado.

La hierba crecía entre las grietas del cemento del suelo. A lo lejos vio una astronave, cuyo metal había perdido el brillo, debido al polvo acumulado en su superficie.

Tower vio varios vehículos terrestres abandonados. Dos de ellos estaban volcados. Uno había ardido por completo. Casi todos tenían las ruedas deshinchadas.

Siguió avanzando. Sopló una ráfaga de aire y el silbido le pareció un fúnebre lamento. No lejos de él, se levantó un pequeño torbellino de polvo, en el que se movían algunas hojas secas.

Cuando se aproximó más al edificio, vio las puertas abiertas de par en par. Por el suelo del interior revoloteaban algunos papeles. La impresión de suciedad y abandono era patente.

En las ventanas faltaban muchos cristales. El gran surtidor ornamental de la plaza exterior aparecía seco, leño de suciedad. No se veían aerotaxis ni tampoco vehículos de transporte de mercancías.

En lo alto, la gran antena del radar permanecía inmóvil, con la superficie enrejada cubierta de polvo y orín.

Tower sintió un nudo en su garganta. ¿Había sido tan grande la catástrofe que se había producido la total extinción de la especie humana?

Lo mismo que en Ulthar 2, ¿iba a ser también el único superviviente de los terrestres?

Sobreponiéndose a la terrible impresión recibida, exploró el edificio. No había nadie.

Pero lo más extraño era que no se veían cadáveres. Mi siquiera esqueletos de personas muertas y abandonadas sin enterrar.

¿Dónde demonios se había metido la gente?

La ciudad se divisaba a lo lejos, en el horizonte, a una docena de kilómetros de distancia. Sería cosa de buscar un medio de transporte para llegar hasta allí, se dijo,

Y en el estacionamiento había sobra de vehículos abandonados.

Empezó a buscar uno, examinando sucesivamente distintos cuadros de mando, para comprobar

la carga de las baterías. Eran automóviles movidos por pilas solares, de recarga automática. Al cabo de un rato, encontró uno, cuyo amperímetro le dijo tenía la suficiente potencia para arrancar. Luego, con el mismo movimiento, la pila se recargaría, sobre todo, si desplegaba la antena captora de la energía solar.

Empezó a trabajar. Lo primero que hizo fue limpiar el polvo del vehículo. Mientras realizaba la tarea, pensó en la pareja de la *Santa Ana. La Aeneas*, también con una tripulación de diez parejas,

¿Habían vuelto? ¿Encontraron un planeta en el que establecer una colonia? ya lo averiguaría en las oficinas de la Comisión Central de Astronáutica, se dijo. Porque tendría que ir allí y dar muchas explicaciones.

Terminó pronto la tarea y se dispuso a partir. Entonces vio un automóvil que se acercaba velozmente al aeropuerto.

—Al menos hay una persona viva —exclamó satisfecho.

Y salió al encuentro del vehículo.

* * *

La mujer se apeó del coche. Para su asombro, Tower la vio desnuda de la cintura para arriba Era joven, hermosa, de bellos y redondos senos, que ella mostraba sin ningún recato. Tenía el pelo claro y los ojos azules. Aparte de las sandalias de tacón plano, su única indumentaria consistía en unos breves pantalones de color crema.

Tower no se asustaba fácilmente de ver a una mujer semidesnuda, pero sabía que en los últimos años, y quizá como reacción a un libertinaje casi total, se había producido una cierta inversión en las costumbres indumentarias. Las personas podían usar trajes muy escasos de tela, pero sin embargo, se cubrían lo más indispensable.

Y la rubia mostraba sus hermosos senos sin el menor recato, con absoluta naturalidad, sin enorgullecerse de su indudable atractivo físico, pero tampoco sin gazmoñerías estúpidas.

Tower decidió mostrarse a su altura y salió al encuentro de la recién llegada con la sonrisa en los labios.

—Hola, soy Rob Tower, comisario administrativo de la *Santa Ana* —se presentó—. Acabo de llegar a la Tierra y...

—Me llamo Daphne Stimson —dijo la joven—. ¿Viajaba usted en la *Santa Ana*?

—Así es. Éramos veinte, pero diecinueve murieron en un planeta llamado Ulthar 2. Necesito presentarme en la Comisión Central para explicar lo sucedido.

—No se moleste. —cortó Daphne—. Nadie le hará el menor caso. A nadie le importa lo que haya podido suceder,

Tower respingó.

—¿Cómo dice? —exclamó.

—Ya lo ha oído. A nadie le importa ya la astronáutica, ni lo que les haya podido pasar a ustedes. Y si no me cree, busque a los tripulantes de la *Aeneas*. Regresaron hace cinco días. Andarán por ahí, como todos.

—No entiendo nada, señorita Stimson —dijo Tower, completamente desconcertado.

De pronto, vio algo sobre el torso de la joven.

Era una especie de mancha en la piel, de forma circular y de menos de un milímetro de espesor. Tenía unos cinco o seis centímetros de diámetro y un par de milímetros de grosor. El color era casi idéntico al de la epidermis y parecía una especie de medallón de cuero blando, adherido al cuerpo de Daphne. Supuso que sería un capricho de la joven y no quiso hacer ningún comentario sobre el particular.

—Pronto lo entenderá —respondió ella.

—Si no se explica un poco mejor... —gruñó Tower—. Por cierto, ¿de dónde ha salido usted?

—Estaba paseando y vi aterrizar su nave. Me pareció conveniente venir a hablar con los que regresaban. ¿Sabe?, hacía más de seis meses que no llegaba ninguna astronave. Aparte de la *Áeneas*, claro.

—¡Seis meses! —estalló Tower—. ¡Eso es imposible! Este astropuerto tenía un tráfico intensísimo...

Daphne sonrió tristemente.

—Lo tenía, pero ya no se hacen viajes por el espacio. A nadie le interesa lo que sucede más allá de la atmósfera terrestre.

—Es fantástico. ¿Y la gente del astropuerto? El director, los técnicos, los oficinistas, el personal de carga y descarga...

—Si los viajes espaciales ya no interesan, ¿por qué tendrían que seguir en un lugar que no se utiliza? —contestó Daphne.

—¡Dios mío! Ha debido ocurrir algo espantoso, para que la gente se comporte de esa manera. ¿Qué ha pasado, señorita Stimson? Dígamelo, por lo que más quiera.

Daphne se puso seria de pronto.

—Ha pasado... señor Tower, ¿funciona todavía su nave?

—Sí, claro... Está en perfectas condiciones. Todavía podría volar durante un par de años, antes de repostar...

—Entonces... —la voz de Daphne se transformó repentinamente en un agudo grito—. ¡Váyase inmediatamente, váyase antes de que ellos le...!

De súbito, el bello rostro de Daphne se deformó a impulsos de un dolor incontenible. Un horripilante alarido brotó de sus labios, a la vez que su cuerpo se arqueaba hacia atrás de una forma espantosa.

Horrorizado, Tower vio sangre en su pecho, bajo aquel disco de cuero situado entre los senos. Daphne sufrió un par de sacudidas muy violentas, y cayó al suelo.

Tower se arrodilló a su lado y cogió una de sus manos Los movimientos de la joven se hacían cada vez más débiles. La sangre caía en regueros a ambos lados de su cuerpo.

Daphne abrió los ojos.

—Ve... te... —jadeó.

De pronto, sufrió una sacudida y su cabeza se dobló a un lado. Tower supo así que había muerto.

Pero no comprendía las causas de la muerte. ¿Qué le había pasado? ¿Por qué sangraba?

En aquel instante, vio que el disco de cuero empezaba a moverse, deslizándose hacia la izquierda. Aterrado, Tower dio un salto y retrocedió un par de metros.

Aquel disco era una cosa viva y, al moverse, dejó al descubierto un diminuto orificio, no más ancho de un par de milímetros, por el que salía la sangre a borbotones. Era un ser vivo y, de alguna forma, había provocado la muerte de Daphne, emitiendo alguna prolongación de su cuerpo que había interesado el corazón.

Pero era un ser vivo y además, asesino. En la Tierra sucedía algo grave. Daphne había querido advertirle y por eso estaba muerta.

La cólera inflamó su pecho. Tower vio que la cosa llegaba al suelo y de repente, lleno de furia, saltó hacia adelante y taconeó el disco con todas sus fuerzas, hasta convertirlo en una masa informe y sanguinolenta.

Al cabo de unos momentos, consiguió tranquilizarse. Se pasó una mano por la cara, aún cubierta de sudor.

El rostro de Daphne aparecía tranquilo, aunque muy pálido. Tower se inclinó sobre ella y cruzó ambas manos sobre su pecho yerto.

Volvería más tarde, para darle sepultura. Ahora tenía algo más importante que hacer.

Subió al coche, que arrancó satisfactoriamente. Ceñudo, trató de recordar la breve conversación sostenida con Daphne.

¿Por qué, salvo la suya y la *Aeneas* no llegaban naves a la Tierra desde hacía más de seis meses? ¿Por qué a nadie interesaba ahora la astronáutica?

Eran unos enigmas que debía resolver, para su propia tranquilidad. En los dieciocho meses que habían transcurrido desde su partida del planeta, había pasado algo muy grave.

Quería saber de qué se trataba. También tenía interés en averiguar por qué había muerto Daphne Stimson.

* * *

El aspecto de la ciudad y de sus gentes le llenó de asombro, apenas se hubo apeado del vehículo.

La circulación era muy escasa, aunque seguían funcionando las cintas transportadoras y las escaleras automáticas. Las personas se movían de un lado para otro y todos, sin excepción, hombres y mujeres, tenían el torso desnudo.

Y en todos los pechos se veía aquel extraño disco de cuero blando, con variación de colores, según el de la epidermis de la persona que lo llevaba adherido. A pesar de todo, los colores de la piel y del disco no coincidían de una forma absoluta, por lo que resultaba fácil verlo sobre el pecho de las personas. Otra cosa que advirtió fue la rara expresión que se veía en la mayoría de los rostros. No había señales de alegría ni de enojo. Tower lo recordaba muy bien. Antes, cuando iba por la calle, veía caras alegres, caras tristes, preocupadas, indiferentes, distraídas... Ahora todo el mundo parecía un tanto ausente de cuanto les rodeaba. Hombres y mujeres, niños y ancianos, todos, absolutamente, sin excepción, estaban desnudos de la cintura para arriba y todos tenían aquel disco de cuero sobre sus pechos.

Tower empezó a pensar en algún extraño fenómeno, que le resultaba incomprensible por el momento. ¿Era, acaso, una disposición de las autoridades sanitarias? ¿Se trataba de una nueva forma de prevención de enfermedades?

Quizá, durante su ausencia, se había producido alguna terrible epidemia y ahora, para evitar nuevas víctimas, todos llevaban aquel disco... que era un ser vivo, sin embargo y que podía impedir graves dolencias.

Pero el disco también mataba. Lo había visto en Daphne.

La cabeza le daba vueltas. El edificio de la Comisión Central estaba a menos de cien pasos de distancia, pero, de repente, se dio cuenta de que no era urgente informar de su regreso.

No lejos de él había un bar. Entró, se acercó a la barra y pidió un doble de *whisky*.

La *barmaid* era una mujer de unos cuarenta años, de grandes pechos, que se bamboleaban como vejigas a cada movimiento que hacía. Ella pareció sentirse extrañada un momento de ver a un cliente con el torso cubierto, pero no formuló el menor comentario al respecto y sirvió la bebida.

Tower vació el vaso de un par de tragos. Junto al mostrador había media docena de clientes. Dos eran mujeres, jóvenes, bien parecidas, pero con el rostro muy pintado. Eran prostitutas en busca de clientes.

Lo malo era, se dijo, que no hacían nada por atraer a un cliente. Estaban allí, bebiendo, muy serias, como si nada de lo que sucedía a su alrededor tuviera la menor importancia. De pronto, uno de los hombres se acercó a una de ellas y le tocó en el hombro.

—Vamos —dijo él.

—Sí —contestó ella,

La pareja salió a la calle. Tower observó que se marchaban sin pagar. La gorda del mostrador no dijo nada. Tower levantó una mano. —Oiga —llamó.

La *barmaid* se le acercó.

—¿Señor?

—Otro doble y dígame lo que te debo

—Sí, señor, al momento.

La mujer llenó el vaso de nuevo.

Luego dijo:

—No me debe nada, señor.

Tower sonrió.

—¿Cortesía de la casa, sin duda?

—Usted tenía ganas de unos tragos y yo se los he servido, señor —contestó la *barmaid* con voz indiferente.

Tower parpadeó. «Pero ¿qué diablos está pasando aquí?», se preguntó.

La *barmaid* se había ido al otro lado del mostrador.

Tower reflexionó unos instantes. Luego se acercó a la otra joven y le tocó en el hombro.

—Oye, guapa...

—Me llamo Ruth dijo ella.

—Tengo ganas de... Bueno ya me entiendes... Pero si tu tarifa es... Quiero decir, si cobras



mucho...

Ruth le miró impávida

—Lo hago gratis —contestó.

Tower contuvo un respingo.

—¿Con todo el mundo? —preguntó.

—Claro. Pero de donde sales tú ahora?

—De... Bien, no te preocupe... Dispensa, pero he recordado una cosa...Volveré más tarde...

El joven salió a la calle y respiró a pleno pulmón. Todavía no acababa de creer en lo que le había sucedido

No le habían cobrado los tragos, una prostituta a la que no conocía estaba dispuesta a acostarse gratis con él...

Un poco más adelante, divisó una tienda donde vendían ropas de caballero. Decidió hacer otra prueba. Quince minutos después, estaba de nuevo en la acera, con un paquete de prendas de vestir. ¡Y no le habían cobrado nada!

—He venido a un mundo donde todo se consigue gratuitamente —se dijo—. ¡Pues qué bien! Así da gusto...

De pronto, antes de que tuviera tiempo de hacer más reflexiones sobre las cosas tan extrañas que estaban sucediendo en el planeta, vio venir hacia sí un guardia.

El policía estaba también con el torso al aire, con la una cadenita muy corta. Pero, por lo demás, llevaba el resto del uniforme: pantalones y botas, con pistola, esposas y porra.

—Está contraviniendo la ley, amigo —dijo el guardia.

Tower se quedó parado, con el paquete de ropas sujeto contra su pecho.

—¿He cometido algún delito, agente? —preguntó.

—Lleva cubierto el torso y eso está prohibido —manifestó el policía.

CAPITULO III

Tower hizo un esfuerzo por mantener la serenidad. Estaban ocurriendo demasiadas cosas desde su llegada al planeta. «Y aún no han pasado cuatro horas», se dijo.

—Disculpe, guardia —trató de sonreír—. Acabo de llegar de un sitio donde llovía mucho y no me acordé de quitarme la camisa...

—Hágalo inmediatamente o tendrá que enfrentarse con un juez.

—Sí, señor, ahora mismo.

El guardia se alejó. Tower dudó un momento, pero acabó dejando los paquetes en el suelo. Luego se quitó la camisa.

—Pero ¿de qué me va a servir, si no llevo el disco? —murmuro, mientras reanudaba su camino.

Volvió al coche. Ceñudo, contempló el edificio de la Comisión Central. Oh, ¿a quién diablos le importaba el regreso de la *Santa Ana*? Si nadie había acudido al astropuerto a recibirle, si el lugar estaba deshabitado... ¿para qué molestarse en emitir su informe?

En todo caso, lo que tendría que hacer era buscar a alguno de los tripulantes de la *Aeneas*. Conocía a casi todos, pero, en especial, a Harry Felsom, antiguo compañero de promoción. Sabía dónde vivía Harry, pero ya iría a visitarle en otro momento. Ahora, lo mejor era regresar a su apartamento.

En las instrucciones que había dejado antes de partir, figuraba la de pagar el alquiler del apartamento, cosa de que se encargaba la sección económica de la Comisión Central. Su sueldo estaría depositado en un Banco. Se encontraría con tina bonita suma, cuando fuese a necesitar dinero, pensó.

Pero todo el mundo, observó, incluido el guardia, ostentaba aquel singular disco de cuero. Tower se dijo que debería hacer lo mismo, si quería pasar inadvertido. El policía no había visto que él no llevaba el disco, porque todavía tenía la camisa puesta en el momento en que se separaban. Pero una situación semejante no podía durar de forma indefinida.

Llegó a su casa, se apeó del coche y entró en el edificio. El conserje se hallaba detrás del mostrador, semidesnudo, como todo el mundo.

—Las cosas no salieron como esperábamos, Julián —respondió el joven—. Tuvimos que volver más pronto de lo que pensábamos —mintió a medias. ¿Para qué darle explicaciones de lo sucedido en Ulthar 2?, se preguntó—. Por cierto, supongo que mi apartamento estará disponible.

—Claro, señor Tower. Disponible y aseado. Lo único que encontrará a faltar son víveres en el frigorífico, pero, si lo desea, hágame una nota y mi esposa irá a buscarle lo que sea con mucho gusto.

—Pues... sí, muchas gracias. Ya que lo ha mencionado... ¿Quiere anotar, por favor?

El conserje escribió lo que Tower le dictaba. Luego, el joven, sujetando los paquetes con una

mano, trató de sacar la billetera.

—Señor Tower, ¿qué hace? —preguntó el hombre.

—Julián, su esposa necesitará dinero —dijo Tower.

—Oh, qué tontería... Dinero, ¿quién se acuerda ahora de una cosa tan estúpida? Bueno, usted ha estado fuera y no sabe que la moneda ha sido abolida por completo. Ya no se usa el dinero para nada.

—Entonces, ¿con qué va a pagar su mujer las compras que haga para mí?

—Oh, no tiene ningún problema. Dice que necesita esto y lo otro y lo de más allá, lo toma, se lo lleva y eso es todo.

Tower tenía la boca abierta,

—¿Y... el alquiler de mi apartamento? Usted recibiría los cheques que le enviaba la Comisión...

—Sólo los tres primeros meses. Luego se decretó la ley que abolía la moneda y, a partir de entonces, usted no ha tenido que pagar nada. Pero sigue conservando su apartamento.

El joven meneó la cabeza.

—Julián, mucho han cambiado las cosas, durante mi ausencia —dijo.

—Sí, señor, en efecto, pero todo ha sido para bien nuestro —correspondió el conserje solemnemente.

Julián hizo una pausa y añadió:

—Suba a su casa tranquilamente; mi mujer le llevará las provisiones muy pronto.

—Gracias.

Con la cabeza completamente turbada, Tower entró en el ascensor.

¿En qué mundo se hallaba, en donde la moneda había sido abolida y todo resultaba gratis?

Antes de que se cerrase la puerta, vio dirigirse a una mujer hacia el ascensor.

Tower la conocía bien. Era la señora Lomax, una hermosa viuda, de unos cuarenta años, pero de intachable reputación en todo momento. Ahora, como todo el mundo, llevaba el pecho descubierto y no parecía sentirse en modo alguno molesta por la ostentación de sus innegables encantos físicos.

Esperó, antes de presionar el botón que le llevaría a su piso. De pronto, un hombre entró detrás de la viuda y se acercó a ella.

—Hermosa —dijo el hombre.

La señora Lomas, Adela de nombre, se volvió y sonrió.

—¿Sí, amigo?

—Eres muy guapa. Deseo acostarme contigo.

—Claro. Vamos a mi apartamento —contestó ella sin inmutarse.

Tower hizo un soberano esfuerzo por mantener la ecuanimidad. Año y medio antes, si un hombre hubiese formulado semejante proposición a la recatada señora Lomax, ella habría organizado un escándalo de campeonato. Ahora, aceptaba acostarse con aquel desconocido, sin la menor objeción.

—Pero ¿en qué mundo vivimos? —se preguntó silenciosamente.

La señora Lomax y su ocasional amante salieron del ascensor en el cuarto piso. Tower vivía en

el noveno. Empezó a lamentarse de no haber dicho nada a la hermosa viuda. Siempre le había gustado, pero...

Salió al corredor y se dirigió a la puerta de su apartamento. Cuando se disponía a abrir, oyó una voz femenina a su izquierda.

—¡Hombre, señor Tower! ¡Ya ha regresado!

El joven se volvió y contempló asombrado a la bella muchacha que estaba a pocos pasos de distancia, junto a la puerta de su apartamento, situado dos números más allá del suyo.

—¿Me conoce, señorita? —preguntó, asombrado.

Ella sonrió.

—No, pero es usted el único que podría entrar en ese apartamento —contestó—. Durante mucho tiempo, me he preguntado qué se siente viajando por planetas desconocidos. ¿Sabe?, yo intenté conseguir una plaza de camarera en una astronave, pero siempre fracasaba en mis intentos... Perdón, no me he presentado todavía. Soy Faith Temple, su vecina —añadió la chica, a la vez que alargaba espontáneamente su mano derecha.

Tower quiso hacer lo mismo, pero tenía sus manos ocupadas con los paquetes. Se limitó a sonreír.

—Es un placer, señorita Temple —dijo.

Ella tenía también el pecho desnudo y el consabido disco sobre la piel, entre los senos, pero a un nivel ligeramente inferior. Era muy bonita y tenía los ojos verdes y el pelo negro.

—Espero que nos veamos con alguna frecuencia —dijo Faith.

—Por supuesto.

Tower consiguió al fin entrar en su apartamento. Lanzó los paquetes a un lado y fue al baño. Necesitaba refrescarse. La cabeza le ardía.

En la Tierra, y en el siglo XXII podían haber sucedido muchas cosas, inimaginables para los habitantes de épocas pasadas. Pero lo que ningún terrestre podía suponerse, empezando por los fenicios, que según la historia habían sido sus creadores, era que la moneda pudiera abolirse totalmente algún día.

Cuando se serenó un poco, empezó a pensar que tenía que hacer algo para ocultar cierto aspecto de su personalidad. Tenía que ir con el torso desnudo, era la ley; y ello se debía solamente a una razón: el misterioso disco, que era un ser vivo y que todos los terrestres, al parecer, teman obligación de llevar adherido a la epidermis.

Empezó a buscar entre sus objetos personales. Un rato más tarde, encontró una vieja cartera de mano, con varios compartimentos en su interior, separados por delgados trozos de cuero fino, de color claro. Cortó con las tijeras un disco, buscó pegamento y se lo adhirió al pecho. Ahora podría salir libremente a la calle sin llamar la atención de ningún guardia.

Dora, la esposa de Julián, llegó poco después, con un cargamento de víveres. También tenía el torso al aire y llevaba el disco adherido al pecho. Hablaron durante unos momentos. Dora se sentía muy contenta de verle. Luego se marchó y Tower volvió a quedarse solo.

* * *

Tenía apetito y se preparó algo de comer. Mientras llenaba el estómago, su mente volvió una vez más a los extraños sucesos que se estaban produciendo en el planeta. Las preguntas «quién, cómo, cuándo, y por y para qué», surgían inevitablemente en su cerebro.

También se preguntaba de dónde habían podido salir aquellos extraños seres, que vivían adheridos a los pechos humanos. ¿Eran inteligentes? ¿Se trataba simplemente de unos parásitos que vivían a costa de sus víctimas? ¿Era posible desprenderse de ellos sin morir en el acto?

El ejemplo de Daphne Stimson le hacía sentirse muy pesimista al respecto. Pero no cabía la menor duda de que había algún procedimiento para deshacerse de aquellos parásitos.

Lo difícil era encontrar dicho procedimiento. De pronto, recordó un conocido suyo, biólogo de notable fama. El doctor Spanney quizá podría decirle algo sobre el particular. Iría a verle al día siguiente, se propuso, justo en el momento en que, fuera, en el corredor, estallaba lo que parecía una violenta discusión entre dos personas.

Eran hombre mujer. El parecía muy furioso, mientras ella daba la sensación de sentir miedo. Atraído por las voces Tower cruzó la sala v abrió la puerta.

La mujer era Faith y rogaba algo a un hombre joven y bastante bien parecido, desnudo de la cintura para arriba, como ya era norma. Ella tendió las manos hacía el individuo, en actitud suplicante:

—!No lo hagas, Richard! —exclamó.

—Estoy harto —dijo él.

—Lo sé. Todos nos sentimos igual, pero, ¿qué podemos hacer?

—No quiero seguir siendo un esclavo. Quiero hacer mi propia voluntad, sin que ningún maldito bicho tenga que decirme lo que puedo y no puedo hacer, ¿me entiendes?

—Sí, Richard, te entiendo... pero opino que deberlas tener un poco de paciencia. Esta situación no puede durar infinitamente. Un día o otro, se acabará, y...

—¿Cuándo? —preguntó él con sarcasmo—. ¿Dentro de cien o doscientos años? No; lo siento, no puedo esperar tanto tiempo. Te amo y deseo casarme contigo... pero no puedo permitir que cualquier tipo pase por tu lado, le gustes y te ordene que te vayas con él a la cama y tengas que acceder sin poder negarte.

—Es que no lo haría...

—Sí, lo haría, como todo el mundo. Nadie puede legarse a la petición de una persona, por absurda que sea, siempre que esa petición no entrañe daño físico. Y complacer a un tipo lujurioso no supone daño alguno, sino todo lo contrario. Por eso no quiero que mi futura esposa siga siendo una esclava.

—Richard, no sé qué puedes hacer. Todo está tan... controlado...

—¿De veras? —E! joven se echó a reír—. Mira, Faith, puedes hacer lo mismo que yo —exclamó, a la vez que se llevaba la mano al pecho.

Faith y el joven no parecían haberse dado cuenta de la presencia de un testigo de la escena. Tower adivinó las intenciones de Richard y adelantó una mano.

—¡No, no lo haga! —gritó.

Pero ya era tarde. Los dedos de Richard asían ya el disco que tenía adherido a su pecho. Cuando se disponía a dar un tirón, lanzó un agudo chillido y se tambaleó.

Faith retrocedió unos pasos, con los ojos dilatados por el horror. Richard volvió a gritar y cayó de rodillas.

—No, no... —gimió.

Hilos de color rojo brotaban de su desnudo pecho y corrían hacia abajo. Su cuerpo sufrió una violentísima sacudida y luego, lentamente, se inclinó a un lado v quedó inmóvil sobre el suelo, boca arriba, los oíos desmesuradamente abiertos y ya sin luz.

Faith se cogió la cara con ambas manos. Llena de terror vio moverse el disco que Richard había intentado arrancarse con la mano. La cosa se deslizó a un lado y empezó a arrastrarse por el suelo.

Fue demasiado para la muchacha. Lanzó un hondo suspiro, cerró los ojos, dobló las rodillas y cayó sin sentido.

Tower saltó hacia adelante y, por segunda vez en el mismo día, aplastó uno de aquellos malignos seres. Por Richard, se dijo tristemente, ya no se podía hacer nada. El joven había muerto y bastaba mirar la diminuta herida de su pecho para saber que algo le había perforado el corazón.

En el edificio, nadie parecía interesado por lo sucedido. Fuera de ellos, nadie más había salido al pasillo. Tower vaciló un instante y luego acabó por decidirse a ayudar a la muchacha. Se acercó a ella y, tras inclinarse, la alzó con sus fuertes brazos y la llevó al diván de su apartamento.

Tenía videófono y se preguntó si resultaría conveniente llamar a la policía. Un oscuro instinto le dijo que nadie se iba a preocupar demasiado por la muerte de Richard. Cerró la puerta, buscó una botella y, tras preparar café, vertió en éste unas gotas de buen coñac

Faith abrió los ojos pasados unos minutos. Tower sonrió, a la vez que le ofrecía una taza humeante.

—Beba, le sentará bien —dijo persuasivamente.

Ella volvió a suspirar. Sus hermosos ojos estaban llenos de lágrimas. Tomó unos sorbos y luego se relajó hacia atrás. Entonces, Tower comprendió que debía hacer algo. Fue a su dormitorio, cogió una camisa y regresó con ella en las manos, ofreciéndosela a la muchacha.

—Tome, póngasela. Cúbrase...

Lo hacía para evitar que Faith se sintiese incómoda. En casa, pensó, no tenía sentido ir con el pecho descubierto. Pero, ante su asombro, Faith rechazó el ofrecimiento con muestras del más vivo terror:

—¡No, no puedo! —exclamó—. Incluso dentro de mi propia casa debo llevar el torso desnudo.

CAPITULO IV

Anochecía ya y Tower encendió las taces, Faith parecía haberse recuperado en tanto, aunque era obvio que todavía se sentía bajo la impresión de lo ocurrido. Tower vertió coñac en un vaso y tomó un par de tragos.

—Faith, quiero que me diga una cosa, por favor —manifestó—. He llegado hoy mismo, después de un viaje espacial, y me he encontrado con una serie de cambios inimaginables. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Por qué ocurren estas cosas?

Ella hizo un gesto de pesimismo.

—No podría decirle cómo empezó la cosa. Supongo que los primeros en ser víctimas de estos seres fueron los dirigentes políticos, presidente, ministros, altos cargos, generales, hombres de negocios... Luego, la plaga se fue extendiendo y con una rapidez realmente asombrosa. De pronto, un buen día, el Gobierno dictó una orden por la que se prohibía llevar ropas encima del torso. A nadie se le ocurrió desobedecerla y la ley fue acatada de modo poco menos que instantáneo.

Ciertamente, algunos desobedecieron ese mandato, y más de uno lo hizo en público, pero cuando empezaron a producirse las primeras muertes en público y cuando las noticias se divulgaron en la totalidad del planeta, los brotes de rebeldía cesaron en el acto. Además, los delitos habían cesado también de forma casi instantánea. Nadie sentía odio hacia sus semejantes, sino todo lo contrario. Los problemas internacionales se solucionaron con enorme rapidez. Había dos o tres guerras limitadas y los ejércitos combatientes suspendieron los combates en el acto.

—Eso no está mal —comentó Tower—. Siga, por favor...

—Un día, el Gobierno dictó una ley que, más o menos, dice así: «Complace a tu semejante en todo lo que le haga feliz, siempre que tú no seas desdichado al hacerlo». Y, por lo general, nadie es infeliz al complacer a un semejante, porque éste no le va a pedir que haga ninguna barbaridad, ni nada que pueda causarle daño físico. En consecuencia, todos somos infinitamente felices.

Tower asintió, mientras recordaba a la señora Lomax, solicitada por un desconocido, al que había aceptado sin remilgos.

—Es decir, cualquiera puede acercarse a. usted y pedirle... bueno, eso...

—Sí, y yo no podré negarme, sino que accederé muy gustosa. Pero también el hombre tendrá que acceder a mi petición, si lo hago.

—Eso se llama igualdad de oportunidades —observó Tower cáusticamente—. Pero hay algo que me ha sorprendido extraordinariamente, algo verdaderamente fantástico. Los hombres hemos suprimido numerosas cosas y olvidado más todavía. Sin embargo, hasta ahora, nadie había logrado el ideal perfecto: la abolición de la moneda. ¿Cómo lo consiguieron?

—Oh, mediante otra ley. Simplemente, se dijo: «A partir de tal día, ya no se empleará la moneda, Cada uno tomará lo que necesite estrictamente, sin perjudicar a los demás, y trabajará en su puesto con orgullo, afición y deseos de beneficiar a los seres humanos».

—Y eso es todo —dijo Tower, atónito.

—Así es. Después de esa ley, ya no se ha vuelto a usar la moneda, y todo el mando trabaja animosamente y sólo toma lo que necesita verdaderamente.

El joven se pasó una mano por la cara.

—Jauja —murmuró—. Esto es Jauja.

—¿Cómo? —dijo Faith.

—No, nada, no se preocupe. Dígame una cosa: ¿Se siente usted capaz de desobedecer esas nuevas leyes?

—Me gestaría, pero sé que es imposible. Ya ha visto lo que le ocurrió a mi amigo...

—Creí que era su prometido —dijo él, sorprendido, —Bueno, Richard sí quería casarse conmigo, pero yo no estaba muy decidida todavía. Por supuesto, le apreciaba muchísimo y su muerte me ha afectado extraordinariamente; pero no, no le consideraba aún como mi futuro esposo.

—Demasiado impulsivo —comentó Tower—. Faith, una pregunta, por favor.

—Sí, Rob.

—Cuando necesita algo, ¿no siente el impulso de tomar algo más de lo realmente preciso?

Ella hizo un gesto negativo.

—¿Para qué? Sé que no me va a faltar nada...

—¿Lo hace por temor o por persuasión?

—Yo diría que por ambas cosas, Rob.

—Tengo que estudiar el asunto. Faith, aunque no lo crea, Richard es la segunda persona a la que veo morir en el mismo día. Algo muy grave sucede en el planeta... y tengo la intención de averiguarlo.

—¿Cómo? —inquirió ella.

—Se lo diré en otro momento. Ahora...

Tower cruzó la estancia y abrió la puerta. Una exclamación brotó de sus labios instantáneamente:

—¡Se han llevado el cadáver!

Y, de no haber sido por algunas manchas de sangre que se veían en el suelo, y que lavó más tarde personalmente, no habría estado muy seguro de haber visto morir a Richard.

* * *

El doctor Spanney, Hugo de nombre, cargó su vieja pipa con movimientos meticulosos, la atacó adecuadamente y luego acercó una astilla de madera perfumada a la cazoleta.

—Pues sí, querido Rob, así está la situación. Todos somos inmensamente felices, complacemos al vecino en lo que nos pide, trabajamos como hormigas y tenemos todo lo que nos apetece que, oh maravilla de las maravillas, no es más que estrictamente lo necesario para vivir.

Spanney dio un par de chupadas a la pipa y se tocó el pecho.

—Como ves, yo también llevo este extraño ser adherido a mi epidermis. Me permite criticarle, si es que es un ser inteligente, pero la crítica no excluye una obediencia absoluta a las leyes que

promulga el Gobierno mundial. Vivo feliz, trabajo en lo que me gusta, tengo lo que deseo...

—Todo el mundo trabaja —gruñó Tower,

—Todos —confirmó el biólogo—. Salvo los enfermos, pero para eso están los médicos y los hospitales, y las enfermeras, y los cirujanos y los fabricantes de medicinas...

—Hugo, yo diría que la Tierra se ha convertido en un hormiguero, ¿no te parece?

—Las hormigas también son felices en su existencia, Rob.

—Pero no son seres inteligentes, como nosotros.

—¿De qué te quejas? Si te apetece comer, puedes entrar en una tienda y comprar lo que necesites, sin pagar un céntimo. Si necesitas ropas, las pides, te las dan y asunto concluido. Hay cines, teatros, diversiones de todas clases... Si te gusta una chica, se lo dices y ella, encantada. O viceversa, claro. No hay reparos de ninguna clase.

—Hugo, tú estás casado...

—Bien, a veces un tipo ve a mi esposa, le dice que es muy guapa y se van juntos a la cama —respondió el biólogo tranquilamente—. Nancy siente la obligación de hacer feliz al sujeto y a mí me parece de perlas. Pero yo también, si yo veo a una mujer que me gusta... Nancy luego no tiene celos ni se enoja.

—Este es un mundo absurdo —dijo Tower exasperadamente—. ¿Cómo hemos podido llegar a una situación semejante?

La pipa de Spanner volvió a humear.

—No es tan mala, me parece —respondió.

—¡Es vida de hormigas, vida de animales inferiores! —gritó el joven—. Hugo, tú eres un ser humano, inteligente, con capacidad de discernimiento. No puedes aceptar así como así vivir de semejante manera.

—¿Por qué no? Tengo mis necesidades cubiertas y no he de apurarme por el mañana ni preocuparme por los pagos de tal o cual cosa que necesite. Si deseo tabaco, voy y lo pido y me lo dan, y lo mismo vino o cualquier otro capricho... y si alguien necesita un análisis clínico de lo que sea, viene, me lo pide, se lo hago y ya está.

—Hugo, recapacita...

—Recapacita tú, Rob —exclamó el biólogo—. Las enfermedades y la muerte no han sido erradicadas, esto es algo consustancial con el ser humano; pero sí han sido abolidas una serie de cosas que nos oprimían como un corsé de acero demasiado ajustado. No hay crímenes, no hay drogas; todo el mundo trabaja contento y dichoso... —Spanner lanzó una estridente carcajada—. ¡Pero si hasta las huelgas se han acabado radicalmente! —añadió—. Los temores de guerra se han disipado en su totalidad, puedes salir a la calle tranquilamente, seguro de que nadie te va a asaltar para robarte unos miserables peniques... Si tienes ganas de divertirte, puedes hacerlo, seguro de que no te encontrarás con una bronca taberniana. Hay cines, teatros, salas de fiestas, como antes... pero todo ello gratuito... Y si te gusta una artista muy hermosa, se lo dices y ella se va contigo, a menos que otro se haya anticipado en pedírselo, pero no sientes celos ni despecho por el rechazo... Rob, por el amor de Dios, ¿qué más podemos pedir? —concluyó el científico su apasionada perorata.

Tower entendió que tenía la partida perdida, al menos con su amigo, y decidió no seguir por

aquel camino.

—Está bien —contestó—. Bien mirado, tienes buena parte de razón. Pero, al menos, ¿puedes decirme cómo se ha originado esta situación?

Spanner se tocó el pecho.

—Es evidente que este ser tiene mucho que ver con el asunto —respondió—. Pero no sé más ni me interesa, Rob, te lo digo sinceramente.

—¿Sabes ya que puedes morir sí intentar arrancarlo de tu pecho o pensar algo demasiado inconveniente?

—Sí, lo sé, pero no me preocupo, porque soy un fiel cumplidor de las leyes, Y ahora, por favor, si no te molesta, tengo trabajo.

Tower asintió.

—Gracias, Hugo —se despidió, lleno de pesimismo hacia el futuro, no sólo propio, sino el de todos los habitantes del planeta.

La Tierra no era ya el albergue de los seres inteligentes, sino que se había convertido en un hormiguero feliz.

Sintióse desesperado. Pensó emborracharse, para olvidar la situación en que se hallaba, pero decidió que el alcohol no remediaría sus penas. Estaría inconsciente algunas horas y luego se despertaría en condiciones aún peores.

De pronto, vio venir hacia sí a una hermosa pelirroja, alta, de formas exuberantes y cálida sonrisa. Parándose delante de ella, sonrió también y dijo:

—Eres muy guapa. Me gustas. Deseo acostarme contigo.

—Encantada —accedió la pelirroja sin remilgos.

* * *

La pelirroja se llamaba Ina Glain y tenía treinta años. Después de un buen rato, encendió dos cigarrillos y dio uno a su ocasional amante.

—Vives aquí, supongo, Rob.

—Sí —contestó él.

—¿Qué haces?

—Bueno, hasta ayer era astronauta. Hoy...

—Ah, astronauta.

—Pertenecía a la tripulación de la *Santa Ana*. Tuvimos dificultades en un planeta llamado Ulthar 2 y murieron diecinueve de los veinte que componíamos la tripulación.

—Debió de ser terrible, Rob,

—Sí, lo fue. ¿Trabajas, Ina?

—Claro. Todos trabajamos. Soy ayudante de un médico, el doctor Gibson. El ha ido a una convención y tengo dos días libres,

—¿Casada?

—Sí, pero no te preocupes. Cuando se lo cuente a mi esposo, se pondrá muy contento de ver que he complacido a un chico tan guapo como tú.

—Gracias, encanto. Oye, ¿qué te parece la actual situación?

Ina se incorporó ligeramente y le dirigió una profunda mirada.

—¿Por qué lo preguntas, Rob?

—Bueno, era curiosidad... Pero si no quieres contestarme...

—Ahora todos somos felices —dijo Ina.

—Y tenemos todo cuanto deseamos.

—Es cierto.

—Pero... de todas formas...

Ina calló unos instantes. Luego continuó:

—Mi jefe, bien, el doctor Gibson opina que...

De pronto, hizo una mueca de dolor y se llevó la mano al pecho.

—¡Ina! ¿Qué te sucede? —preguntó él, alarmado.

—Lo siento. Algo me pinchó...

—Sigue hablando, por favor,

—No puedo, Rob.

Hubo una pausa de silencio.

Tower reflexionó.

Ina quería decirle algo importante, pero el ser que llevaba adherido al pecho, entre los hermosos senos, había emitido una especie de advertencia, en forma de ligero pinchazo, para indicar que no debía hablar más de la cuenta.

Daphne había querido avisarle de un peligro y por eso había muerto. Ina podía morir también, si expresaba lo que sabía.

—No te preocupes —dijo al cabo—. ¿Cuándo volverá tu jefe?

—Pasado mañana, creo. ¿Quieres que te avise? Es un neurólogo muy competente. Si tienes dificultades, él podrá ayudarte...Tower se levanté, rebuscó en sus bolsillos y encontró una tarjeta, que dejó sobre la mesilla de noche.

—Llámame cuando regrese el doctor Gibson. Pídele hora para una consulta. Tengo frecuentes dolores de cabeza, ¿sabes?

Ina sonrió.

—Eres un hombre de suerte. Hace tan sólo año y medio, el doctor te habría cobrado mil dólares por una visita. Ahora lo hará gratis y muy gustoso —dijo.

Tower empezó a vestirse.

—Estoy seguro de ello —repuso.

CAPITULO V

Cuando salió del ascensor, vio a un hombre que llamaba a la puerta del apartamento de Faith. Ella abrió instantes después.

—¿Sí? —dijo.

—Perdona, hermosa —sonrió el individuo—. Te he seguido hasta aquí. Me gustas y quiero...

Pisando de puntillas, Tower se acercó al hombre v le tocó la espalda.

—Ejem... Disculpe, amigo; la señorita y yo habíamos quedado antes en charlar un ratito juntos...

—Oh, lo siento, no lo sabía. Son ustedes los que deben disculparme —manifestó el desconocido.

Tower y Faith quedaron frente a frente. Ella estaba muy encarnada.

—¿Puedo pasar? —sonrió el joven,

—Claro.

Faith se echó a un lado.

—Lo que dije antes fue una mentira —manifestó el joven—. Sólo quería evitar que tú...

—Comprendo. Gracias, porque no hubiera podido evitarlo.

—Sí, lo sé.

—¿Quieres un poco de café?

—Te lo agradeceré.

—Ven a la cocina.

Tower siguió a la joven. Ella puso la cafetera al fuego.

—¿Has hecho algo? —inquirió.

—Fui a ver a un buen amigo, biólogo. Está la mar de contento con su nueva existencia.

—No me sorprende. ¿Qué le dijiste?

—Le expuse mis intenciones. Casi me echó a la calle.

—La inmensa mayoría de la gente se ha resignado con facilidad, Rob, no le des más vueltas. ¿Y sabes por qué?

—Dímelo, te lo ruego.

Faith giró en redondo y se encaró con el joven.

—La gente estaba harta de gobiernos corruptos, compuestos por hombres ambiciosos y sin escrúpulos; estaba harta de delincuencia, de inseguridad social y ciudadana, harta de drogas y crímenes y de guerras... De pronto, viene alguien, que no sabemos quien es y como se dice vulgarmente, acaba de un plumazo con todos los problemas. ¿Quién puede desear rebelarse contra el actual estado de cosas? Hoy, cualquiera puede tener lo que quiera con sólo alargar la mano. ¿Cómo le pides a esa persona que se rebele contra esta situación? Aunque no existiera esa amenaza de muerte, ¿crees que te seguirían?

Tower hizo un gesto negativo.

—Evidentemente no —repuso—, Y debo admitir que lo que sucede es bueno, pero sólo hasta cierto punto.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—No estoy seguro, Faith. Quizá me sienta demasiado aprensivo; tal vez soy muy receloso sobre el particular. Pero ahora nos dominan ellos, quienesquiera que sean... ¿No nos pedirán algo más un día u otro?

—¿Qué más nos pueden pedir, Rob?

—Eso es lo que me gustaría saber, pero necesito colaboración. Y tú no puedes dármela, lógicamente. Mi amigo, el doctor Spanney, se ha negado rotundamente, Y, con franqueza, no sé qué hacer... al menos, hasta que me avise la ayudante del doctor Gibson.

—¿Quién es el doctor Gibson?

—Un neurólogo. He estado con su ayudante. Por si no lo sabías, te diré que es una hermosa pelirroja, en cuya agradable compañía he pasado un par de horas.

—Vaya —sonrió la muchacha—. Parece que no te disgustan demasiado algunos aspectos de la nueva situación.

—La verdad, después de hablar con el doctor Spanner, me sentí muy deprimido. Pensé primeramente en emborracharme, pero rectifiqué a tiempo. Luego me encontré con Ina y... Entonces fue cuando supe lo del doctor Gibson.

—Estoy segura de que piensas comentar con él lo que está sucediendo en la Tierra.

—En este hormiguero feliz —calificó Tower.

Faith asintió. El agua hervía ya y puso el café. Luego empezó a llenar las tazas.

—Rob, he estado pensando mucho —dijo—. Tengo la impresión de que hay una mente superior que nos gobierna a todos. No sé más ni tengo la menor idea de cómo lo consiguió o dónde se encuentra ese ser superior... Pero a cada momento que pasa, me reafirmo más y más en esa hipótesis. ¿Qué te parece a ti?

Tower sorbió un poco de café.

—Muy digna de ser tenida en cuenta —respondió—. Pero entonces, esos discos... serían simplemente subordinados del ser superior y vigilantes personales de cada individuo.

—Exacto, sobre todo, sí se tiene en cuenta que hasta los diez años de edad, los niños van sin su disco.

—Es decir, cuando ya empiezan a razonar casi como las personas.

—Justamente. Rob, ¿crees que podrás conseguir de Gibson lo que no has logrado de Spanner?

—Gibson está en una convención médica y volverá pasado mañana. Su ayudante me llamará apenas haya vuelto él.

—Me gustaría acompañarte.

—No hay inconveniente —accedió Tower—. Pero tendremos que esperar esas cuarenta y ocho horas.

—Dos días más o menos, ¿qué importancia pueden tener? —dijo la joven amargamente.

Tower estudió su pecho. Aquel disco inteligente... ¿no podría arrancarse sin temor a que la persona que lo portaba pudiera morir instantáneamente?

De súbito, oyó un leve gritito de la muchacha.

Tower volvió a mirarla. Faith tenía la vista fija en el suelo, en un punto situado a su espalda. Giró la cabeza. Algo avanzaba lentamente por el suelo, ya en el umbral de la cocina.

Era un disco semejante al que llevaba la muchacha.

* * *

El ser se movía con relativa lentitud, pero no cabía dudas de la dirección que había tomado. Tower apretó los labios.

—Viene a por ti, Rob —dijo ella—, Pero si ya tienes tu disco...

—Es un trozo de cuero —aclaró el joven por primera vez—. Lo hice para no tropezarme con un guardia demasiado celoso de su deber.

—Te alcanzará. Quizá ahora puedas eludirlo, pero, inevitablemente, tendrás que echarte a dormir... A mí también me sucedió así; me acosté normalmente y desperté con el disco adherido al pecho.

Tower reflexionó rápidamente. El disco avanzaba lenta e inexorablemente hacia él. Se preguntó cómo podría eludir su ataque.

¿Un taconazo?

Lo mataría. ¿Y si lo hacía prisionero?

De pronto, se le ocurrió una idea.

—Faith, ¿tienes por ahí algún bote de vidrio vacío?

—Sí... Bueno, vacío; es el del azúcar...

Ella se lo enseñó. Era un gran frasco, de más de dos litros de capacidad, de vidrio y con una boca muy ancha, cubierta por una tapa a rosca, de bonito color anaranjado.

—Aprisa —dijo él—. Vacía el azúcar,

Faith lanzó un gritito.

—La cosa me ha pinchado. ¡Me lo prohíbe!

Saltó hacia el frasco y empezó a vaciar su contenido encima de la mesa. Cuando terminaba la operación, Faith volvió a gritar.

—¡Cuidado, Rob!

Tower bajó la mirada. El ser estaba ya a medio palmo de su pie izquierdo. Un largo y delgado tentáculo, de no más de un par de milímetros de grueso, terminado en una aguja de color pardo rojizo, muy brillante, se había disparado y se agitaba en el aire, como buscando un punto vulnerable en el que poder clavarse.

Tower saltó hacia atrás, sin importarle desparramar el resto del azúcar. El tentáculo del ser se replegó instantáneamente.

—Podía haberte matado —dijo Faith.

—No lo creo yo así, aunque ese pincho puede matar, como ya he podido comprobar personalmente —contradijo el joven—. Seguramente, pensaba inyectarme un narcótico, lo que le habría permitido trepar hasta mi pecho y someterme a su voluntad. ¡Pero, mientras pueda, no me convertirá en una hormiga bípeda!

Agarró el frasco con ambas manos y, manteniéndolo boca abajo, se acercó cautelosamente al ser. De pronto, alargó los brazos y cubrió al disco con el recipiente de vidrio.

—¡Ya está, ya lo tengo! —exclamó jubilosamente.

El disco empezó a agitarse con movimientos frenéticos, como si hubiera enloquecido de repente. Era evidente que, pese a sus formidables poderes, resultaba impotente para eludir aquella cárcel transparente.

Al cabo de unos segundos, se calmó y permaneció quieto. Pero no estuvo inmóvil mucho tiempo.

Pasado un minuto escaso, empezó a moverse de nuevo, aunque con gran lentitud, dirigiéndose hacia el borde de su cárcel de vidrio. Faith intuyó los propósitos de la cosa.

—¡Quiere escapar, Rob!

—Es lógico —contestó él, preocupado.

El bocal no tenía una forma absolutamente normal. Era un frasco de vidrio utilitario y la circunferencia superior, que en aquellos momentos ocupaba el lugar inferior, tenía cierto alabeo que sólo podía percibirse si se examinaba con gran atención. Tower calculó que la diferencia de nivel era inferior a un milímetro, entre los puntos opuestos del mismo borde, pero ello dejaba espacio suficiente para que el ser, alargándose con gran lentitud, a la vez que se adelgazaba increíblemente, empezase a asomar por aquel angosto hueco que quedaba entre el vidrio y el pavimento.

—¿No vamos a poder retenerlo, Rob? —preguntó ella ansiosamente.

El joven reflexionó unos momentos.

—Hay algo —dijo al cabo— que siempre ha aterrado a todo ser viviente, persona o animal. Todos tenemos miedo al fuego... ¡Faith, un fósforo, rápido!

Ella corrió a la cocina y regresó con una caja en las manos. Tower encendió uno y acercó la llama al delgado tentáculo que ya asomaba un par de centímetros fuera del bocal.

El tentáculo retrocedió instantáneamente.

—Lo hemos acertado —exclamó Tower, jubiloso.

—Sí, pero no vas a poderlo retener ahí indefinidamente —objetó la muchacha.

Tower volvió a meditar. La cosa estaba ahora en el centro, inmóvil por completo.

—Tráeme una paleta de pescado — pidió.

Faith se la entregó segundos después.

—Ahora prepara la tapa roscada.

—Sí, Rob.

Tower inspiró con fuerza. Asiendo el bocal con la mano izquierda, empuñó la paleta de pescado. Luego, con gesto velocísimo, movió el bote para ponerlo boca arriba. Al mismo tiempo, la paleta de pescado levantó el disco y lo lanzó al interior del recipiente.

Tower abrió la mano derecha. Soltó la paleta, agarró la tapa roscada y cerró el frasco en menos de un segundo.

De nuevo el ser volvió a agitarse con singular frenesí, pero volvió a la inmovilidad a los pocos momentos.

—Se ha resignado al encierro —sonrió él.

—Rob, hemos conseguido algo que dudo mucho haya podido lograr otro ser humano —dijo Faith—. Pero la pregunta es: ¿Qué hacemos ahora?

—Esperar al doctor Gibson —respondió Tower—. Tengo la sensación de que sus consejos van a resultarnos de gran utilidad.

Miró a la muchacha y sonrió.

—¿Me invitas a cenar?

—Con mucho gusto —accedió Faith.

Al terminar, una hora más tarde, Tower se dispuso a regresar a su apartamento.

—Me llevaré al prisionero —dijo.

—Ten cuidado —advirtió ella.

—No pases pena.

Faith le acompañó hasta la puerta.

—Rob...

—¿Sí?

—Gracias por no haberme pedido... Ella estaba muy encarnada. Tower supuso que la influencia del ser que llevaba adherido al pecho era, hasta cierto punto, menor de lo que se imaginaba.

—Era lo correcto —se despidió.

CAPITULO VI

Cuando abrió la puerta de su apartamento, se encontró con una visita inesperada.

Adela Lomase sonreía, sentada en el diván, con las piernas cruzadas, cubierto el cuerpo solamente por unos centímetros de tela rosada, con encajes, en torno a las opulentas caderas. Al ver que Tower se detenía desconcertado, rompió a reír.

—Hola, encanto —dijo—. Te estaba aguardando.

Tower se sentía aturdido. Aquella mujer, prácticamente desnuda, ¿era la misma recatada viuda Lomax que él había conocido un par de años antes? ¿Era la virtuosa dama que se sonrojaba solamente con saber que un hombre la miraba, aunque fuese sin demasiada intensidad?

—¿Cómo ha entrado aquí? —gruñó.

—Querido, sin duda olvidas que ahora ya no hay ladrones y no es necesario cerrar las puertas con llave —respondió ella.

—Oh, es verdad... Lo había olvidado... ¿Puedo servirla en algo, señora Lomax?

—Sí, Rob.

Hubo un instante de silencio. Tower tenía aún en las manos el bote de vidrio. Dudó un momento y acabó dejándolo encima de una consola.

Se preguntó qué debía hacer. Si desatendía a su inesperada visitante, ella podía sospechar... Pero, claro, si le decía que se sentía con jaqueca, Adela tendría la obligación de creerle y, sabiendo que podía dañarle con su insistencia, se retiraría sin más.

En cierto modo, la situación no dejaba de tener también ventajas por esta parte, pensó.

Adela alargó una mano y cogió un cigarrillo de una caja que tenía al lado.

—¿Me das fuego?

—Claro.

Tower sacó el encendedor y acercó la llama al cigarrillo. Perro lo hizo con un movimiento algo brusco y Adela soltó el cigarrillo apenas encendido.

La brasa cayó directamente sobre su pecho, encima del disco. Entonces ocurrió algo sorprendente.

El disco saltó vivamente hacia adelante, retorciéndose en el aire con terribles convulsiones. Cayó al suelo, empezó a ennegrecer y, en menos de un minuto, se había convertido en un repulsivo montoncito de ceniza.

Adela se puso en pie vivamente, cubriéndose los senos con las manos.

—¡Dios mío! ¿Qué hago yo aquí? ¿Por qué estoy casi desnuda en su casa, señor Tower? ¿Quién me impulsó a venir aquí para buscar su compañía?

Tower parpadeó.

Algo había ocurrido después de la «muerte» del ser. Adela parecía libre de su maléfica influencia.

—Señora Lomax...

—Por favor, déme algo para cubrirme —pidió ella, terriblemente sonrojada—. Estoy en una situación... indecorosísima...

Tower levantó una mano.

—Espere unos momentos, por favor —rogó—. Señora Lomax, ¿recuerda usted lo que ha hecho en los últimos tiempos?

—Quisiera olvidarlo... Me he comportado con un espantoso impudor, convirtiéndome en la amante del primero que me lo pedía... o solicitando yo los favores de cualquier hombre que me parecía atractivo...

—Como yo —sonrió Tower,

—Sí..., pero ahora estoy muy avergonzada...

—No se avergüence; usted no tenía la culpa. ¿Recuerda el disco que llevaba sobre el pecho?

—Claro. Esa cosa... me impulsaba a realizar acciones denigrantes. Y yo no podía resistirme.

—Pero ahora se ha librado de ella. Y le diré algo muy importante. Tiene que seguir con la mima actitud.

—¿Cómo? Me vestiré, volveré a ser una mujer decente...

—Temo que no se lo permitirán, señora. Tiene que seguir disimulando. Por favor, escúcheme.

Adela un tanto calmada, se relajó. Tower habló durante unos minutos. Cuando terminó, ella pareció aprobar su plan.

—Puede que sea lo mejor —suspiró—. De todos modos, no tengo que avergonzarme de algo que hace todo el mundo.

—Al contrario, tiene motivos más que suficientes para sentirse orgullosa —sonrió Tower.

—¿Lo cree así, Rob?

El joven se alarmó. «Bueno, ahora, incluso sin disco, es capaz de intentar pescarme», pensó.

—Oh, sí, claro... Pero ya hablaremos más en otro momento. Ahora si no tiene inconveniente, le prepararé un disco análogo al mío. Así podrá pasar desapercibida entre la multitud.

—Sí, hágalo, hágalo.

Tower se quedó solo minutos más tarde.

En medio de todo, la visita de Adela Lomax podía ser considerada como una bendición.

Ahora sabía cómo destruir a los discos. El prisionero había huido del calor, pero el otro disco había sucumbido al simple contacto de la brasa de un cigarrillo mal encendido.

Sí, sabía cómo combatir a aquellos seres que habían convertido a los habitantes de la Tierra en pobladores de un hormiguero feliz. Sólo tenía que resolver un pequeño problema: eran miles de millones de discos.

* * *

Pasada la medianoche, despertó súbitamente, presa de una extraña sensación que no sabía definir.

Abrió los ojos y escuchó atentamente.

No se percibía el menor sonido. Pero tenía la impresión de que no estaba solo en el

apartamento.

Encendió la luz. No, allí no había nadie.

Y, sin embargo, la sensación de no hallarse solo, continuaba persistiendo en su mente.

Fastidiado, apartó las ropas de la cama y se puso en pie. Fue encendiendo las luces sucesivamente hasta llegar a la sala. Entonces fijó la vista en el frasco de vidrio.

Y vio algo que le puso los pelos de punta.

El ser parecía haber reaccionado y desplegaba el tentáculo rematado en la aguja rojiza, con el cual quería perforar la tapadera de plástico que cerraba el bocal.

Tower captó un leve chirrido, sin duda fruto de los esfuerzos que el ser hacía por abrirse paso a través de un material evidentemente menos duro que el cristal. Si conseguía perforar un agujero...

Su frente se cubrió de sudor. Tenía que hacer algo para impedir la huida de la cosa.

Pensó rápidamente durante algunos segundos. De pronto, echó a correr hacia la cocina. Buscó fósforos, regresó a la sala, encendió uno y lo acercó a la tapa del frasco.

El tentáculo de la bestezuela se replegó en el acto. Pero, al mismo tiempo, Tower percibió en el interior de su cráneo una oleada de insoportable malignidad.

El ser emitía ondas telepáticas que llegaban a su cerebro, a pesar del encierro a que estaba sometido. No cabía la menor duda de que se trataba de un ser inteligente, dueño de una mente perversa y, pese a lo que habían hecho en favor de los humanos, nada proclive a abandonar su privilegiada situación.

Furioso, encendió otro fósforo y lo aplicó a la tapa del bocal. Las oleadas de maldad se atenuaron considerablemente.

El ser pareció encogerse un poco, como si se refugiara en sí mismo, habiendo desechado la idea de luchar contra su adversario terrestre. Tower se sintió instantáneamente aliviado, aunque sabía que no por ello debía relajar la guardia.

Aquella cosa podía volver de nuevo al ataque. Tenía que reducirla a la inmovilidad, pero no podía permanecer constantemente encendiendo cerilla tras cerilla.

Pensó en extraer el aire del bocal. Quizá el ser no podía vivir en una atmósfera corriente.

Pero entonces, lo mataría y le interesaba conservarlo vivo. ¿Cómo conseguir unas horas de tranquilidad, sin temor a ser atacado en el momento menos esperado?

De pronto, chasqueó los dedos.

—Claro, hombre —exclamó en voz alta—. Pareces tonto, Rob Tower. ¿Qué otra cosa inmoviliza por completo a hombres y animales?

—Sí, ¿qué es lo que nos inmoviliza a los seres humanos?

Tower, asombrado, se volvió.

—¡Faith! —exclamó.

—Dispensa, pero me pareció oír ruidos y me desperté... Vine a ver si sucedía algo —manifestó la joven.

—Ha estado a punto de suceder —respondió él—. La cosa quería escapar, perforando la tapa del frasco.

—¡Dios mío! Hubiera sido horrible. Has llegado a tiempo, estoy viendo.

—Por fortuna. Pero ya he encontrado el medio de inmovilizarlo hasta que podamos ver al

doctor Gibson. Ven, sígueme.

Faith caminó tras el joven, vestida solamente con unos pantalones de pijama. Tower llegó a la cocina, abrió el refrigerador y sacó un par de bandejas con hielo.

—Faith, escucha bien —dijo—. Cuando abra el bocal, tú lanzas dentro todos los cubitos de hielo. Luego añadiremos agua hasta un par de centímetros del borde. El hielo inmovilizará primeramente a la cosa; luego, al congelarse el resto de su contenido, lo encerraré en una cápsula, de la cual no podrá escapar, hasta que hayamos fundido el hielo totalmente.

—Estoy de acuerdo contigo, pero, ¿no lo matará un frío excesivamente prolongado?

—Espera un momento, tengo ganas de fumar.

Ella le miró extrañada. Tower buscó cigarrillos, encendió uno y regresó junto a la muchacha.

—Verás, creo que estamos luchando estérilmente contra unos adversarios muy peligrosos. Somos unos desagradecidos, que no sabemos apreciar el bien que nos hacen, proveyéndonos de todo y librándonos de todas las preocupaciones...

«Se ha vuelto loco», pensó Faith al oírle hablar de forma que se le antojaba llena de incongruencia.

Y, de súbito, sintió que el disco se desprendía de su pecho y caía al suelo, ennegreciendo rápidamente.

Tower lo había rozado con la brasa del cigarrillo, accionando con energía a la vez que hablaba. Cuando vio que el pecho de la joven quedaba libre, lanzó una exclamación de alegría.

—¡Viva, lo he conseguido por segunda vez! —gritó.

—¡Rob! ¡Esto parece increíble! —dijo ella.

Tower le guiñó un ojo.

—Si una mente superior estaba captando tus pensamientos, a través de la cosa que tenías adherida al pecho, no cabe duda de que he conseguido engañarla. Al menos, por el momento —respondió.

—Pero ¿qué te propones...?

—Anda, vamos a inmovilizar al prisionero con hielo —atajó él.

Faith puso todos los cubitos en un recipiente. Tower abrió el bocal y ella lanzó trozos de hielo al interior. El ser empezó a moverse casi en el acto, pero apenas sintió el frío, volvió a quedarse quieto.

Los trozos de hielo llenaban el recipiente hasta casi tres cuartas partes de su capacidad. Tower añadió un poco de agua, puso la tapa y metió el bote inmediatamente en el congelador, que situó al máximo de frío.

—Antes de una hora, el agua se habrá helado y lo mantendremos así hasta el momento de ir a hablar con el doctor Gibson —dijo.

* * *

Adela Lomax había aprendido a dominar sus escrúpulos y caminaba por la calle como si realmente llevase adherido al pecho uno de aquellos extraños seres. A fin de cuentas, se dijo, todas las mujeres, a partir de los diez años, llevaban el pecho desnudo. Una cosa que era común para

todas, no podía causarle la menor vergüenza.

De pronto, se le acercó un hombre de su edad, aproximadamente.

—Señora...

Adela se volvió.

—¿Sí?

—Es usted muy hermosa. ¿Me permite disfrutar de sus encantos? En mi casa o en la suya, donde le parezca mejor.

Adela recordó de inmediato su nueva situación. Los viejos prejuicios afloraron en el acto.

Con ojos inflamados por la cólera, retrocedió un par de pasos.

—Oiga, pero, ¿qué se ha creído usted, miserable? ¿Acaso me ha tomado por una de esas mujerzuelas que venden su cuerpo a los transeúntes?

—Señora, yo sólo le he pedido...

—Sé lo que me ha pedido y mi respuesta es no. Soy una mujer decente —protestó Adela enérgicamente.

—Pero su obligación es... —dijo el aturdido individuo, que no acababa de comprender las razones de la negativa de aquella hermosa mujer.

—No tengo ninguna obligación hacia usted. ¡Y déjeme en paz de una vez o llamaré a un guardia!

El hombre se hartó.

—El que lo va a llamar voy a ser yo —dijo. No lejos había un policía y el hombre agitó una mano—. ¡Eh, oiga, agente! —llamó.

El guardia se acercó y saludó cortésmente.

—¿Señor?

—Agente, denuncio oficialmente a esta mujer, por no atender a mi petición. Al rechazar mi solicitud de contacto amoroso, esta dama ha quebrantado la ley de complacencia mutua.

El guardia se encaró con Adela.

—Señora, lo siento, pero tengo que conducirla a presencia del juez del distrito —dijo. Ni por un momento se le ocurrió al policía dudar de la palabra del acusador. En aquella época, nadie mentía y, por tanto, la acusación era cierta. Adela pensó en huir, pero se dijo que sería capturada antes de recorrer diez pasos y se resignó a lo inevitable. Quince minutos más tarde, estaba ante un severo individuo, cuyo uniforme de juez consistía en una birreta negra. Los jueces, a causa de llevar el torso desnudo, no usaban ya la clásica toga.

El policía repitió la acusación, corroborada por el demandante. El juez fijó la vista en Adela.

—¿Se reconoce culpable, señora? —preguntó.

—Pues... sí, pero es que yo... Verá, Señoría...

—¿Negó o no negó sus afectos a este caballero?

—Sí, Señoría.

El mazo del juez golpeó la mesa.

—Se la declara culpable —dijo—. En consecuencia, se la condena a acceder a las peticiones del demandante, quien tiene pleno derecho a ser atendido en sus deseos de placer. Vaya con él, señora, y no lo vuelva a repetir más. Su obligación, como la de todo ciudadano, es la de ser amable

con nuestros semejantes y acceder siempre a sus deseos, siempre que no nos causen daño.

—¡Pero es que yo no quiero! —gritó Adela, antes de darse cuenta de la terrible imprudencia que había cometido.

Las cejas del juez se alzaron vivamente.

—He oído mal —dijo.

Adela se puso colorada. Fue a hablar de nuevo, pero el juez la interrumpió con un seco gesto.

—Señora, a usted le ha sucedido algo —dijo compasivamente—. Es evidente que su comportamiento no natural y, por tanto, debe ser atendida en un centro médico competente, Por lo cual, mi sentencia, ahora modificada, es que sea conducida inmediatamente a la Clínica de Afectuosidad número 22 y sometida al tratamiento correspondiente, que la devuelva al estado normal de amor y simpatía hacia los demás ciudadanos. ¡Caso fallado!

—¿Qué le sucedería ahora?, se preguntó. Había oído hablar, aunque muy vagamente, de las Clínicas de Afectuosidad, nombre, actual de los antiguos centros psiquiátricos. La someterían a pruebas espantosas a torturantes lavados de cerebro...

En aquellos momentos, deseó tener a su lado a Rob Tower para que la aconsejara sobre su comportamiento.

Pero Tower no estaba allí ni, por otra parte, le permitirían llamarle para enterarle de su crítica situación.

Adela salió del tribunal, sin fijarse en la extraña mirada que le dirigía su fracasado pretendiente.

Adela se tambaleó. Quiso decir algo, pero sabía que era inútil. Como en sueños, se dejó llevar por el guardia que la había arrestado, mientras lamentaba en su interior la terrible imprudencia cometida al dejarse llevar de sus impulsos.

CAPITULO VII

Ina Glain abrió la puerta y sonrió al reconocer a uno de sus visitantes. Tower había llegado, acompañado de Faith, a la casa del doctor Gibson, pocos momentos de la hora señalada para la visita.

—Rob, cómo me alegro de verte —exclamó la pelirroja.

—Gracias. Ina. Te presento a Faith Temple, una buena amiga. También lo será tuya.

—Estoy segura de ello. ¿Cómo estás. Faith?

—Encantada de conocerte, Ina —respondió la muchacha.

—Pasad —dijo la pelirroja—. El doctor Gibson os recibirá en seguida. Está terminando con un cliente y...

Ina frunció el ceño, al ver el bote que Tower llevaba en las manos.

—¿Qué es eso, Rob? —inquirió.

—Oh, un tarro de compota.

La pelirroja se encogió de hombros y desapareció en una de las habitaciones interiores. A los pocos momentos, un hombre salió al vestíbulo, acompañado por otro que llevaba un gorro blanco, única prenda que denotaba su profesión.

El doctor Gibson despidió al cliente. Ina había vuelto a hacerse visible y acompañó a la pareja hasta el despacho del médico. Luego se dispuso a retirarse, pero Tower levantó una mano.

—No, por favor —rogó—. Quédate tú también. Te interesa lo que voy a decirle al doctor,

—¿De qué se trata, señor Tower? —preguntó Gibson.

—Antes de contestarle, ¿le importa si fumamos?

Gibson pareció desconcertarse.

—Señor Tower, mi tiempo es precioso no tanto para mí, como para mis-pacientes. Le ruego sea breve, por favor —dijo con cierta sequedad,

—Un momento, hombre —sonrió el joven.

Encendió dos cigarrillos y pasó uno a Faith. La chica estaba ya avisada de lo que debía hacer y se acercó a la ayudante.

Un segundo después, se oyeron dos gritos de sorpresa.

Gibson saltó hacia atrás.

—¿Qué diablos es eso? —exclamó.

—Doctor, ¿estaba usted consciente plenamente de lo que hacía? —preguntó Tower—, ¿No le parecía extraño vivir en un mundo donde se ha abolido la moneda, donde todo se consigue gratuitamente, donde no hay más que amor y afecto' entre los seres humanos? ¿No le parecía raro el súbdito cese de todo delito? ¿No encontraba incomprensible la paz que reina actualmente sobre el planeta?

Gibson se pasó una mano por la frente. Al igual que él, Ina aparecía aturdida y desconcertada.

—Algo presionaba sobre mi mente... —dijo el galeno con voz trémula—. Sí, amo a todos los seres humanos, trabajo gratuitamente, tomo lo que necesito sin que me cueste un solo céntimo...

—Todo eso es maravilloso, doctor —exclamó Tower—, Magnífico, insuperable, pero ¿se da cuenta de lo que ha perdido a cambio de esa garantía de absoluta seguridad?

Gibson le miró turbiamente.

—Hemos perdido... la libertad de decidir por nosotros mismos —contestó.

—Exactamente. Oh, no es que sea completamente mala la situación actual. Si se mira bien, vivimos en el mejor de los mundos, trabajando sin necesidad de otros estímulos que el amor hacia nuestros semejantes. Lo tenemos todo sin esforzamos, pero a cambio de esas ventajas, nos hemos convertido en los habitantes de un inmenso hormiguero. También las hormigas, a su modo, son felices, ¿no cree, doctor?

Gibson asintió.

—Entonces, usted opina que esa cosa que llevaba en el pecho, me obligaba a... Pero ustedes dos también lo llevan —gritó repentinamente.

—Simples trozos de cuero, que imitan a los seres que nos han hecho sus prisioneros —respondió el joven—. Haré dos más, uno para usted y otro para su ayudante. Pero tendrán que aprender a comportarse como si todavía estuvieran sujetos a la posesión de esos seres.

—Y no olviden que pueden matar —intervino Faith.

—Es cierto. Yo he visto morir a dos personas, cuando dijeron algo que no interesaba a esos seres. Pero ¿me permite que le explique cuáles son los propósitos que nos han traído hasta su casa, doctor?

—Adelante —invitó Gibson,

* * *

Treinta minutos más tarde, Gibson e Ina estaban enterados de la verdad. El médico se aterró al conocer el verdadero alcance de la situación.

—Es decir, somos los prisioneros de esos seres que llegaron de algún lugar desconocido del espacio...

—Y que, no lo olvidemos, son inteligentes. O no habrían podido conseguir tanto de nosotros en tan poco tiempo —dijo Tower.

Gibson se acarició la mandíbula.

—Lo que ha dicho usted me hace pensar en una especie de ser superior a todos, una especie de jefe, que domina a sus súbditos y que recibe en todo momento el menor informe sobre las actitudes de los terrestres. Por medios telepáticos, claro. ¿No le parece una hipótesis correcta, Rob?

—Estoy seguro de que es así, doctor —contestó el joven—. Pero, entonces. la pregunta que surge en el acto es: ¿Dónde está ese ser superior? ¿Cómo se esconde? ¿Cuál es su poder real? ¿Cómo llegar hasta él?

—Demasiados enigmas, Rob —terció Ina, pesimista.

—Sí, pero tendremos que resolverlos, si queremos salir de esta situación, A menos que nos

acomodemos a vivir esclavizados...

Gibson sonrió.

—En medio de todo, no se está tan mal —dijo—. Jamás se había disfrutado en la Tierra de un estado de paz semejante; eso tenemos que reconocerlo, Rob,

—De acuerdo, doctor —repuso Tower—. Y, hasta cierto punto, a mí no me Importaría demasiado vivir así, si no fuese porque abrigo la sospecha de que esos seres buscan algo más que someternos momentáneamente.

—¿Qué pueden buscar, muchacho?

—Eso es lo que tenemos que averiguar, doctor. Y usted puede ser pieza esencial en la tarea —dijo el joven, a la vez que señalaba el frasco donde el disco yacía en medio del hielo, completamente inmóvil.

—Puede que el frío lo haya matado —apuntó Gibson.

—Entonces, hágale una disección, como si fuese el cadáver de cualquier animal. Y si está vivo, anestésielo con vapores adecuados y averigüe qué es y qué hay en su interior.

Gibson hizo un gesto con la cabeza.

—Llamaré a un conocido- mío, que es un competentísimo biólogo —dijo—. El podrá ayudarnos mucho... y ya me ocuparé de matar a su parásito.

—Haga lo que sea, pero pronto y, sobre todo, tenga cuidado. Si la cosa está viva, puede asesinan

—No lo olvidaré, Rob.

* * *

Hacía ya veinticuatro horas que estaba encerrada en una celda y en todo el tiempo, no había visto a nadie, salvo a los enfermeros que le llevaban la comida. Adela empezaba a sentirse muy pesimista sobre su futuro.

El trato había sido exquisito y cortés en todo momento y no había sufrido el menor daño físico. Sin embargo, y hasta aquel momento, aún no la había visitado ningún médico.

Se preguntó si pensaban dejarla allí para siempre, olvidada en aquella celda que, si bien disponía de todas las comodidades, no por ello dejaba de ser un recinto cerrado y de dimensiones no demasiado grandes.

«Una cárcel, al fin y al cabo», pensó afligidamente.

Y, de pronto, se abrió la puerta y un hombre, tocado con un bonete blanco, apareció ante sus ojos.

—Soy el doctor Devers —se presentó—. Usted ha sido enviada a esta Clínica de Afectuosidad, para su curación, ¿no es así?

—Doctor, yo me encuentro perfectamente...

—¡Tonterías! —cortó Devers—. Señora, lo que lleva usted en el pecho no es más que un disco de cuero. Quíteselo inmediatamente.

Adela cruzó los brazos sobre el seno.

—No —respondió.

—Por favor, no me obligue a emplear la fuerza, señora.

Hubo un instante de silencio. Al fin. Adela, apocada en ciertos aspectos, se rindió.

—Está bien —murmuró afligidamente.

El disco cayó al suelo. Entonces, Devers sacó algo del bolsillo posterior de sus pantalones y se acercó a la mujer.

—No se mueva.

Aquella cosa era una caja oblonga, de metal, cuya tapa levantó Devers al hallarse junto a la prisionera. Adela cerró los ojos al ver la cosa de forma discoidea que se movía lentamente en el fondo de la caja.

De pronto, concibió una idea.

—Doctor.

—Dígame, señora Lomax.

—Por favor... No me han dado cigarrillos... No es que sea una fumadora empedernida, pero un pitillo de cuando en cuando... Usted me comprende, ¿verdad?

—Claro —sonrió Devers—. Se los daré ahora mismo. No se mueva, por favor.

Segundos después, Adela notaba en su pecho el contacto de la cosa.

Y algo chasqueó en su mente y se sintió repentinamente inundada de amor y afecto hacia todos sus semejantes.

—Ahora me encuentro mucho mejor, doctor —sonrió.

—Lo sabía —dijo Devers. Volvió a meter la mano en el bolsillo de los pantalones—. Aquí tiene, cigarrillos y fósforos.

—Gracias, doctor.

—La mantendremos todavía en observación durante veinticuatro horas. Pasado ese plazo, se la considerará sana y podrá salir libremente.

—Maravilloso, doctor.

Devers se encaminó hacia la puerta. De pronto, se volvió.

—Ah, lo olvidaba, señora —exclamó—. ¿Quién le puso a usted en el pecho ese disco de cuero? Déme su nombre y dirección, por favor.

—Rob Tower, Avenida 88, número 4406, apartamento 35 C.

—Muchas gracias, señora Lomax.

—A usted, doctor.

* * *

—Una comida maravillosa. Felicite al cocinero en nuestro nombre —dijo Tower.

—Así lo haré, señor —contestó la camarera educadamente.

Tower se puso en pie y tomó el brazo de Faith. Salieron juntos a la calle.

—¿No es maravilloso? —sonrió el joven—. Hemos comido estupendamente en un magnífico restaurante y sin que nos haya costado un solo céntimo. Así da gusto vivir, ¿verdad?

Faith no contestó.

Parecía muy preocupada.

Las gentes se movían a su alrededor casi como autómatas. No había prisas, todos caminaban mesuradamente, sin mostrar ansiedad, pero tampoco alegría. A veces, muy raras, se producían encontronazos y los causantes se disculpaban con gran aparato de cortesías.

Delante de ella, una mujer de unos treinta y cinco años tocó en el hombro a un joven de veinte. Ambos se miraron y se sonrieron recíprocamente. Luego se alejaron juntos.

Faith sintió náuseas.

—Rob, creo que tienes razón —dijo.

—¿Cómo? exclamó él, un tanto distraído.

—No se puede seguir viviendo en estas condiciones Lo tenemos todo, pero nos falta lo principal: la libertad y el espíritu de iniciativa y decisión. Pero... creo que es muy difícil que consigamos liberamos de estos invasores...

—¿Los llamas invasores?

—Una cosa parece segura: no son terrestres, Rob.

Tower asintió.

—Yo también pienso como tú. Y el problema estriba, creo, en conseguir hacer que uno de ellos pueda «hablar», valga la palabra.

—Es decir, conseguir información,

—Sí.

—Podrías hacer que no se adhiriese a tu pecho... Oh, no, resultaría demasiado peligroso. Morirías, si pensaras algo contrario a sus... sentimientos.

—Eso es lo que creo, por lo que el procedimiento debe ser desechado. Será cosa de esperar a que Gibson y su amigo terminen el trabajo que habrán emprendido hoy mismo. Entonces, cuando conozcamos los resultados, sabremos también la forma en que debemos combatirlos,

—Rob, yo formulé primero la teoría de que todos ellos obedecen a un sólo jefe. Llamémosle así, para entendernos mejor, pero, suponiendo que localizases el escondite de ese jefe, ¿cómo le atacarías?

—Tenemos una ventaja sobre ellos. Sabemos dos cosas muy importantes: el fuego los destruye y el frío los inmoviliza. lo mismo que a cualquier ser viviente que haya nacido en la Tierra. Y cuando llegue el momento, elegiré el mejor método para destruir a ese Jefe y libramos así de la opresión a que estamos sujetos.

—Nosotros somos libres ya. Rob.

—Los demás continúan siendo esclavos, Faith.

Ella asintió y guardó silencio. Sabía que arriesgaban sus vidas y se preguntó si merecía la pena. Quizá nunca les agradecerían los esfuerzos que realizaban para combatir a los seres misteriosos que se habían apoderado totalmente del planeta..., pero no debían hacerlo por merecer gratitud, sino porque lo consideraban su deber.

Estaban llegando ya al edificio donde tenían sus apartamentos. De súbito, vieron a un par de coches de la policía que se detenían frente a la casa.

Una docena de agentes saltaron de los vehículos y corrieron hacia la entrada. Tower presintió lo que sucedía y tiró de la muchacha hacia atrás.

—Faith, creo que nos buscan —dijo—. Lo mejor será que nos larguemos de aquí, antes de que


nos pongan la mano encima.

CAPITULO VIII

Tower y la muchacha retrocedieron hasta una distancia prudencial. El joven tenía la seguridad de que los policías no buscarían en el lugar en que se hallaban.

—Nos esperarán en casa —dijo,

Faith se retorció las manos.

—¡Dios mío! ¿Qué podemos hacer ahora, Rob?

Tower meditó unos instantes. De pronto, chasqueó los dedos.

—Ya está —exclamó—. Ven, sígueme.

Tower echó a andar con paso rápido. Unos segundos después, entró en una cabina telefónica. Los aparatos habían sido modificados para que todo el mundo pudiera utilizarlos gratuitamente. Marcó el número de Adela Lomax y aguardó unos instantes.

La pantalla se iluminó casi en el acto, pero no apareció en ella ninguna imagen. El altavoz dijo:

«La señora Lomax está ausente, internada en la Clínica de Afectuosidad número 22. Regresará a su casa, cuando haya sido dada de alta. Mientras tanto, tenga la bondad de dejar su recado». Repito el mensaje.....

Tower se desconcertó.

—¿Una clínica de afectuosidad? —dijo—. ¿Qué es eso, Faith?

—Antiguamente, se les llamaba manicomios —contestó ella sombríamente.

—¡Diablos! Pero ¿qué ha podido hacer esa mujer para que la tomen por loca? —se asombró el joven.

—Rob, no lo tomes como algo cierto, pero he oído decir algunas cosas de esas clínicas. Parece que encierran allí a los díscolos y pendencieros...

—En suma, a los que no se han dejado esclavizar.

—O a los que son reacios a someterse de un modo total a los discos.

—Y han averiguado que ella no tenía su disco...

Tower lanzó una maldición.

—Le habrán colocado uno auténtico y no habrá tenido otro remedio que delatarnos —añadió.

—Sí, eso creo yo.

El videófono continuaba todavía en funcionamiento. De pronto, se vio el rostro de un hombre en la pantalla.

—Eh, oiga... ¿Qué quiere usted? —Era un policía y reconoció de inmediato al joven—: ¡Muchachos, ya lo tengo! —gritó—. Está en pantalla...

Tower no esperó a más. Desconectó el aparato y tiró de la mano de la muchacha.

—Vámonos —dijo.

—Sí, pero ¿adonde?

—No lo sé. Ya pensaré algo durante el camino. Lo único que puedo decirte es que tenemos que escondernos, porque si nos atrapan, ya podemos despedimos de la existencia.

* * *

Tumbada en la cama, con las piernas cruzadas, boca arriba, Adela Lomax fumaba apaciblemente, con la mente en blanco, como si se sintiese ajena por completo a la situación. De pronto, el cigarrillo resbaló de sus dedos y cayó sobre el disco.

La cosa se ennegreció rápidamente, a la vez que saltaba al suelo agitándose con frenesí. Adela se levantó de un salto.

Sonrió satisfecha. Había conseguido eliminar de su mente la idea de combatir a la cosa. Ello le había permitido destruirla con la brasa del cigarrillo.

Al cabo de unos segundos, el ser no era más que un montoncito de cenizas, que ella metió con el pie bajo la cama. Entonces, recordó algo y se agachó.

El disco de cuero estaba allí. Devers lo había abandonado, seguro de que ella no volvería a utilizarlo. Todavía conservaba algo de adhesivo y lo puso sobre su pecho, justo en el momento en que se abría la puerta de la celda,

—Doctor Devers... —empezó a decir, pero se interrumpió en el acto al darse cuenta de que no era el mencionado.

La cara le pareció conocida. El hombre, de su edad, apuesto y distinguido, parecía un tanto turbado.

—Señora, le ruego me disculpe... Yo no pensé que las cosas iban a llegar a tales extremos... Soy el doctor Merryl, Lane Merryl; también trabajo en esta clínica...

—Es el tipo que me propuso una indecencia —exclamó Adela—. ¿Lo va a repetir ahora, doctor?

—Bueno, usted es muy hermosa y yo sentí un repentino impulso, que me fue imposible contener...

Adela frunció el ceño. Merryl parecía sincero. Quizá, a pesar de todo, resistía un tanto a la maléfica influencia del disco que llevaba adherido a su torso. Sonrió.

—Doctor, ¿le importa que fume?

—Oh, claro que no... Por favor, acepte mi encendedor, señora Lomax.

Adela se puso un cigarrillo en los labios. Aspiró el humo un par de veces y. de pronto, simuló marearse. —Oh, el tabaco me sienta mal... Se inclinó hacia adelante y la brasa tocó el disco. Merryl contempló atónito la negra ceniza que había en el suelo. Luego miró a la dama.

—Señora, ¿qué ha pasado aquí? —exclamó.

—Lane —le tuteó ella repentinamente—. ¿a que ahora sabes ya no lo que ha pasado, sino lo que te sucedía?

—Alguien me daba órdenes y yo las recibía... Pero no sé por qué actuaba así, al dictado de otra persona...

Adela se puso el cigarrillo en un lado de la boca, agarró la mano del galeno y tiró de él hacia la cama.

—Ven, siéntate a mi lado y te lo contaré todo, Lane Merryl.

* * *

Habían caminado mucho durante todo el día y se sentían fatigados al sentarse ante la mesa de un restaurante más bien modesto. Un camarero semidesnudo les sirvió con toda cortesía. Tower, preocupado, no se dio cuenta de que el hombre les miraba con gran atención.

—Faith, tenemos que hacer otro prisionero —dijo cuando ya estaban terminando de cenar.

—¡Rob! ¿Te has vuelto loco? —se espantó ella,

—No, hablo completamente en serio.

—Pero, suponiendo que lo consiguieras, ¿cómo hablarías con él? Porque eso es lo que te propones, ¿no?

Tower hizo un gesto afirmativo.

—Sí, eso es lo que pienso hacer —admitió.

—No sé cómo podrás «hablar» con ese ser...

—Telepatía —dijo el joven pensativamente.

—Pero tú no eres telépata —respingó la muchacha.

—Es la única solución que se me ocurre. Ya no cabe la menor duda de que esos seres influyen sobre nuestra mente. Y no se puede decir que, en cierto modo, no lo hagan bien, porque la Tierra es ahora una balsa de aceite y gracias a ellos reina una paz absoluta. Pero si actúan sobre nuestra mente, ¿por qué no puede suceder a la inversa?

—Porque no sabemos cómo hacerlo y, además, ignoramos si nuestro cerebro tendrá la potencia suficiente para influir sobre ellos. Cosa que, después de lo que hemos visto, dudo mucho pueda suceder.

—Sí, quizá tengas razón —convino él pensativamente, mientras se frotaba el mentón—. De todos modos, podríamos intentarlo.

—¿Significa eso que serías capaz de dejar que uno de esos seres se adhiriese a tu pecho, para entrar en conversación con él?

—Ni más ni menos, Faith.

—Sería muy peligroso. Recuerda lo que le pasó a Daphne ya...

—No lo olvido, pero ¿qué otra solución me das?

Faith hizo un gesto de desaliento.

—No se me ocurre nada, porque tampoco puedes intentarlo con el parásito de otra persona, ya que harías correr el riesgo de morir a un ser humano quien, lógicamente, no lo desea en absoluto. Creo, Rob —añadió la muchacha—, que lo que conviene en estos momentos es aguardar el resultado de los análisis que puedan hacer el doctor Gibson y su ayudante.

—No hay otro remedio, en efecto —convino Tower—, ¿Has terminado de comer?

Faith apartó su plato. Tower se puso en pie.

—Vamos —dijo.

El camarero se apartó a un lado para dejarles pasar. Tower y la joven seguían sin fijarse en su

expresión.

Echaron a andar hacia la salida. Cuando estaban a punto de alcanzar la puerta, vieron entrar a dos guardias.

—Eh, ustedes, deténganse —ordenó uno de ellos,

Tower le miró fijamente.

—¿Qué pasa, agente? —preguntó.

—Usted es Rob Tower. Ella es Faith Temple,

—Sí, lo somos —admitió el joven.

—Debo comunicarles que quedan detenidos. Se nos ha dado la orden de conducirles a una Clínica de Afectuosidad, donde serán tratados adecuadamente. Eso es todo —respondió él guardia.

«Tratados adecuadamente» —pensó Tower—. Nos implantarán un parásito en el pecho....

Sonrió.

—Han sabido encontrarnos muy pronto, agente... —dijo—. ¿Cómo lo han conseguido?

—Nos enviaron un aviso, simplemente, señor.

—Por radio, supongo.

—Sí, señor.

—Y, naturalmente, ¿no sabe quién avisó a la central?

—No. señor.

—Sin embargo, nos han reconocido y jamás nos habían visto antes de ahora.

—En efecto, señor; les hemos reconocido.

Las respuestas del guardia tenían algo de mecánico, como si se hubieran aprendido la lección de memoria.

Tower se preguntó de dónde podrían haber sacado las fotografías que les habían proporcionado un tan rápido reconocimiento, pero, se dijo, no era posible, pese a los adelantos científicos, que la imagen de ambos hubiera sido divulgada con tan sorprendente rapidez.

Allí sucedía algo extraño. Y ¿cómo habían sabido los guardias que estaban en aquel restaurante?

Volvió la cabeza un poco. El camarero continuaba mirándoles fijamente.

Tower volvió a sonreír. Creía tener la solución.

Dio un par de pasos y se encaró con el hombre.

—Usted ha llamado a la policía —acusó.

—Sí, señor.

—Nos ha identificado.

—En efecto.

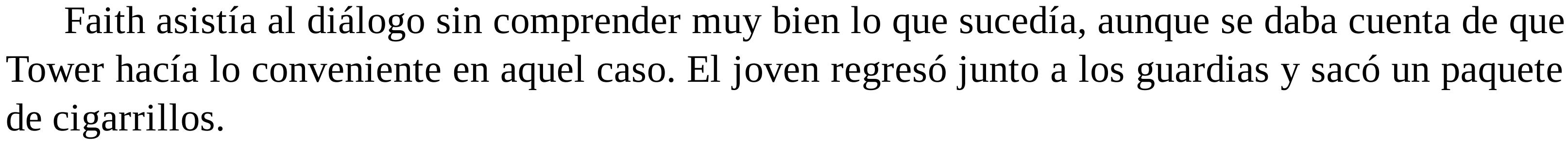
—Pero no nos había visto jamás antes de ahora,

—Así es, señor.

—Apostaría algo —dijo el joven, con los ojos clavados en el disco adherido al torso del camarero— a que nuestros rostros han sido proyectados en su mente de alguna forma y que alguien le ha ordenado avisar a la policía.

—Sí, señor.

—Gracias, eso es todo.


Faith asistía al diálogo sin comprender muy bien lo que sucedía, aunque se daba cuenta de que Tower hacía lo conveniente en aquel caso. El joven regresó junto a los guardias y sacó un paquete de cigarrillos.

—Iremos con ustedes —sonrió—. No les importará que fumemos, supongo.

—Está prohibido —dijo el guardia—. Déme el tabaco y los fósforos, señor Tower.

Hubo un momento de silencio. Los parásitos, pensó el joven, aprendían rápidamente.

—Muy bien, no se puede fumar —contestó. Pero los guardias ya no llevaban armas, ni siquiera una porra. En un mundo en el que la criminalidad y la delincuencia habían desaparecido absolutamente, las armas no eran necesarias.

De pronto, disparó el pie derecho y golpeó la rodilla del agente, quien se puso a saltar a la pata coja, a la vez que lanzaba agudos chillidos de dolor. Antes de que el otro pudiera reponerse de la sorpresa, Tower le asestó un tremendo puñetazo en la mandíbula, tirándolo al suelo de espaldas.

—¡Faith, a correr! —gritó.

La chica no se hizo de rogar. Tower cagó con el hombro contra el otro guardia, exclusivamente dedicado a su rodilla, y lo derribó también. Luego, con la mano de Faith en la suya, salió corriendo a la calle, mientras los guardias, desconcertados y aturdidos, trataban de reponerse.

En pocos minutos, se perdieron de vista. Cuando Tower estuvo seguro de que no podían ser alcanzados, refrenó la velocidad de su carrera y caminó normalmente junto a la muchacha.

—Esto es peor de lo que nos imaginábamos —dijo sombríamente.

—¿Por qué? —inquirió ella.

—Antiguamente, uno de los medios empleados para capturar a los criminales era la divulgación de pasquines con su fotografía. Hoy día ya no es necesario; basta con proyectar nuestras imágenes al interior de millones de cerebros. Lo cual, como puedes comprender, es infinitamente más rápido.

—Entonces... todas estas personas que nos están viendo... saben ya quiénes somos...

—Probablemente, no nos prestarán atención, a menos que les dirijamos la palabra, como sucedió en el caso del camarero. Pero correremos el peligro de ser reconocidos en cualquier momento. Y acabaremos en una Clínica de Afectuosidad, en donde nos volverán a implantar un parásito en el pecho. Bueno. A mí por primera vez, como es lógico.

—Y ese parásito nos disuadirá de luchar contra ellos.

—Exactamente.

Ella se sintió muy afligida.

—¡Oh, Rob! ¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

—No lo sé, sinceramente, no lo sé —contestó Tower, sintiéndose terriblemente pesimista.

En aquellas condiciones, la lucha contra 16s discos era imposible, pensó con amargura.

CAPITULO IX

El doctor Merryl abrió la puerta de la celda y se acercó a su ocupante.

—Ya lo tengo listo —anunció.

Adela se puso en pie inmediatamente.

—No te habrá costado mucho, supongo —sonrió.

—En absoluto. Me puse tu disco, fui a mi despacho, busqué un trozo de cuero análogo... He traído pegamento, porque tu disco ya no se adhiere por sí solo...

—Excelente precaución —alabó ella.

Merryl pegó el disco de cuero al pecho de Adela. Luego asió su mano.

—Vamos —dijo.

—¿Habrá inconvenientes? —receló Adela.

—Ninguno. Ya he preparado todo para que nadie nos oponga el menor impedimento.

—Los papeles...

Merryl se echó a reír.

—¿Qué papeles? Hoy día, todo el mundo cree lo que le dice y no se necesitan documentos para probar cualquier afirmación. Basta la palabra; se supone que una persona no puede mentir.

—Es verdad —dijo ella.

Salieron de la celda y caminaron por el corredor, hasta el próximo ascensor. Cuando se disponían a entrar, vieron que se les acercaba el doctor Devers.

—Eh, Merryl, ¿adonde vas? —preguntó.

—La señora Lomax está dada de alta. Ella y yo vamos a mi apartamento —contestó el interpelado.

—Oh... Está muy bien. Os deseo un vivo placer.

—Gracias, Devers. ¿Vamos, querida?

—Sí, encanto —respondió Adela.

El ascensor emprendió su viaje hacia la planta baja. Adela lanzó una alegre carcajada,

—Se lo ha creído —exclamó.

—Naturalmente. En su situación, no podía dudar de mis afirmaciones. Pero, me pregunto, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Buscaremos a Rob Tower y a Faith Temple —contestó Adela resueltamente—. Ellos están luchando contra los parásitos y nuestra obligación es unirnos a ese cómbate para recobrar nuestra libertad.

—De acuerdo —dijo Merryl—. Vamos a buscar a esos muchachos.

* * *

El disco continuaba sometido a inmovilidad, mediante el frío.

El doctor Gibson estaba siendo ayudado por un colega de gran reputación como exobiólogo, Leonard Blandish, y por Ina Glain. Después de varias pruebas, habían llegado a la conclusión de que una temperatura inferior a los cinco centígrados positivos, era suficiente para inmovilizar al ser. A partir de dicha cifra, el disco empezaba a dar señales de vida, pero se iniciaba su plena actividad hasta los veinte grados.

—Seguramente, procede de un planeta cálido, donde las temperaturas inferiores al cero son desconocidas —dijo Gibson.

Blandish se mostró totalmente de acuerdo con aquella conclusión. En consecuencia, prepararon todo para rebajar la temperatura en la estancia en donde se disponían a examinar al prisionero.

El parásito de Blandish había sido destruido también. Ninguno de los tres corría, pues, el menor peligro.

La maquinaria de refrigeración funcionaba sin fallos, manteniendo la temperatura de cinco grados constantemente. Los dos científicos e Ina se habían abrigado de forma adecuada, protegiéndose las manos con guantes de goma. Blandish había preparado un microscopio de gran potencia.

Por su parte, Gibson tenía dispuesto un electroencefalógrafo. Observarían las reacciones del ser a distintas temperaturas, aunque cuidando bien de mantenerle encerrado en todo instante. Antes, sin embargo, Blandish había solicitado realizar un análisis de sus tejidos.

—Bastará un trocito de un milímetro cuadrado —dijo.

Y se preparó para cortar con el escalpelo.

En aquel momento, se oyó ruido en el exterior,

Ina alzó la cabeza.

—¿Qué es eso?

El ruido aumentó de volumen. Fuera de la casa se oían numerosas voces.

—Pero ¿qué pasa ahí afuera? —se extrañó la joven.

—Nada, serán borrachos... —contestó Gibson.

—Voy a empezar —anunció Blandish.

Los gritos se hicieron más estridentes. Cada vez sonaban más próximos.

—Iré a ver —dijo la joven.

Abandonó la estancia y pasó a la sala delantera. Entonces, a través de una de las ventanas, divisó algo que la llenó de pánico.

Había cientos de personas de ambos sexos, muchas de ellas provistas de llameantes antorchas, que gritaban consignas amenazadoras contra los ocupantes de la casa.

Una piedra voló por los aires y rompió estruendosamente uno de los vidrios.

—¡A muerte, a muerte! —era el grito general.

Ina no comprendía lo que sucedía, pero se sintió llena de pánico. Más piedras volaron contra las ventanas.

De pronto, la multitud se lanzó impetuosamente al ataque contra el edificio.

Chillando frenéticamente, Ina dio media vuelta y echó a correr hacia la parte posterior. Apenas

un segundo después, saltó la puerta, hecha astillas por la carga impetuosa de cientos de dementes, que se disponían a asaltar el edificio,

Ina consiguió alcanzar la puerta trasera y escapó a través de los campos cercanos, Gibson y Blandish, no tuvieron la misma suerte.

* * *

Amaneció.

Tower se sentó en el suelo, frotándose los ojos. Para evitar complicaciones, se habían alejado de la ciudad, buscando un lugar donde descansar sin peligro de ser descubiertos. Encontraron una cabaña abandonada y decidieron pasar allí la noche.

Fue al baño, se aseó y luego buscó provisiones, para hacer el desayuno. Cuando estuvo listo, llamó a la puerta del dormitorio ocupado por la muchacha.

—¡Arriba, Faith!

La joven se reunió con él unos minutos más tarde, M sentarse a la mesa, le hizo una pregunta;

—¿Se te ha ocurrido una solución?

—Por el momento, sólo me parece acertado ir a la casa de Gibson y ver qué han conseguido. Sé que el doctor dijo que se llevarían al prisionero a su casa de campo, para trabajar con más comodidad evitar posibles riesgos. Por tanto, creo que podemos ir sin preocupaciones.

—Vendrán después —auguró Faith tristemente.

—Estamos empeñados en una lucha que no podemos abandonar. A menos que nos resignemos a presentarnos voluntariamente en una clínica de afectuosidad para que nos implanten el parásito.

—No, eso no —protestó ella con viveza.

—Entonces, vayamos a ver a Gibson.

Terminaron de desayunar, lavaron los cacharros y procuraron dejar todo tal como lo habían encontrado. El dueño de la casa no protestaría; incluso si los hubiese hallado en ella, se habría sentido muy contento de tenerlos como invitados. Pero si dejaban desorden tras ellos, podrían sospechar de su presencia en aquel lugar y Tower deseaba evitarlo a toda costa.

Minutos después, abandonaban la cabaña.

—Hay unos cinco kilómetros hasta la casa de Gibson —dijo él, en el momento de romper la marcha—. Cruzaremos a campo traviesa y así nos evitaremos posibles encuentros comprometedores.

Faith aprobó la idea. Todavía era muy temprano; el sol acababa de salir y aquellos parajes se veían deshabitados.

Casi una hora más tarde, al remontar una pequeña loma, divisaron el valle en el que estaba situada la residencia del doctor Gibson. Descendieron la ladera y se acercaron al bosquecillo que rodeaba la casa.

Momentos después, penetraban en el interior del recinto. Entonces vieron algo que les dejó completamente estupefactos.

—¡Dios mío! Pero ¿qué ha pasado aquí? —exclamó Faith, aterrada.

Tower se sentía pasmado. La casa no era sino un enorme conjunto de escombros.

Nada había quedado sano. Los techos, las paredes, los tabiques, los muebles... todo ello formaba un abigarrado montón de ruinas, en las que no se podía reconocer absolutamente nada de lo que había sido antes un lujoso edificio, confortablemente amueblado y decorado con gusto exquisito.

—¿Habrán ordenado su des tracción para levantar otra casa? —dijo Faith, un poco más repuesta de la impresión.

—No..., no lo creo... Esto parece el resultado de un acto de vandalismo...

—¿Vandalismo? ¿Ahora que la violencia ha sido totalmente erradicada?

Repentinamente, oyeron unos gemidos en las inmediaciones.

Alguien se descolgó de un árbol, gimiendo y sollozando histéricamente. Tower se quedó atónito al reconocer a la pelirroja.

—¡Ina!

—¡Rob! ¡Faith!

Ina corrió a trompicones hacia ellos. Tower la acogió en sus brazos. Ella parecía hallarse bajo la acción de un terrible *shock* nervioso, que le impedía coordinar totalmente sus ideas. —Vinieron anoche... Eran mil, dos mil... Muchos, no sé exactamente cuántos... Gritaban cosas horribles... De pronto, se lanzaron al asalto de la casa... Yo pude escapar y busqué refugio en la copa de un árbol. Los asaltantes no se preocuparon de mí; parece que sólo querían destruir la casa y matar a sus ocupantes...

—¡Ha dicho matar! —se asombró Faith.

Ina asintió con vehementes gestos.

—Sí, eso es lo que querían..., y lo consiguieron. Gibson y Blandish no tuvieron tiempo de huir y murieron horriblemente, apaleados, pisoteados...

—Un linchamiento, vamos —dijo Tower sombríamente.

—Luego se dedicaron a destruir el edificio... Parecían como enloquecidos... No dejaron nada sano... —continuó Ina, aún bajo los efectos del horror padecido—, Más tarde, parecieron tranquilizarse y se marcharon. Yo no me atrevía a moverme de mi refugio... He pasado ahí toda la noche...

Faith miró a su alrededor. Había otra casa a unos mil metros de distancia.

—Rob, será mejor que la llevemos allí. Seguramente, encontraremos algo para tranquilizar a esta pobre chica —dijo.

—Sí, es una buena idea. Ina, ¿estás segura de que han muerto los dos médicos?

La pelirroja asintió, entre hipidos.

—Sí... Más tarde llegaron unos policías con ambulancias y se llevaron los cuerpos... Oh, estaban horriblemente destrozados, irreconocibles por completo...

—¿Oíste comentar algo sobre lo ocurrido?

—No, no dijeron nada. Actuaron con toda naturalidad, como si supieran lo que tenían que hacer. Pero yo no me atrevía a abandonar el refugio; tenía miedo...

Tower dio unas palmaditas en la espalda de la joven.

—Cálmate, Ina; todo ha pasado ya —dijo persuasivamente—. A ti no te sucederá nada y...

Tower se interrumpió. Faith acababa de tocarle en el brazo.

—Rob, viene alguien — dijo.

El joven se volvió.

Un aeromóvil se acercaba rápidamente al lugar. Tower reaccionó en el acto.

—Vamos, al otro lado de los escombros —exclamó—. Si vienen con intenciones hostiles, nos defenderemos con palos y piedras. Los policías ya no van armados y ésa es una ventaja muy digna de tenerse en cuenta.

* * *

El aeromóvil se detuvo. Dos personas se apearon de su interior.

Merryl contempló, estupefacto el gigantesco montón de escombros.

—Adela, ¿estás segura de que es aquí? —preguntó.

La señora Lomax no se sentía menos asombrada que su acompañante.

—Bueno, aquí estaba la residencia de Gibson..., y si él no está en su consulta, tendría que hallarse aquí...

Repentinamente, sonó una voz:

—¡Señora Lomax!

Adela se volvió.

—¡Rob!

Tower se hizo visible, seguido de las dos mujeres.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó.

—Buscábamos al doctor Gibson... Oh, perdone. Rob. Le presento al doctor Merryl. Trabaja en la Clínica de Afectuosidad número 22. Está enterado de todo lo que sucede y conseguí matar a su parásito.

Merryl alargó la mano.

—Adela me ha hablado mucho de usted —sonrió—. Alguien intentó «reeducarla», mediante la implantación de otro parásito, pero es una chica lista y consiguió evitarlo y, además, me puso al corriente de lo que sucede.

Tower asintió. Presentó a Faith e Ina y luego hizo un rápido relato de lo ocurrido.

Merryl se sintió muy preocupado al conocer las noticias nada agradables que le comunicaba el joven.

—De modo que habían conseguido capturar un ser y dos reputados científicos se disponían a examinarlo —dijo. —Así es, pero, de algún modo, se enteraron de lo que sucedía y un par de millares de personas enfurecidas asaltaron la casa y dieron muerte a Gibson y a Blandish.

Merryl hizo un gesto con la mano.

—Será mejor que atendamos primero a la señorita Glain —propuso—. Vamos a aquella casa y luego hablaremos del asunto con más tranquilidad.

En la otra casa encontraron café y licores. Ina se recobró bastante después de unos sorbos de café caliente, al que se había añadido una generosa dosis de coñac. Merryl la examinó atentamente y dictaminó que, salvo el *shock* nervioso, que ya se pasaba satisfactoriamente, no había sufrido otros daños.

—Sin embargo, convendrá que tome sedantes para dormir durante algunos días, hasta que se sienta completamente recuperada —dijo al terminar.

—Muy bien, doctor —contestó Tower—. Y ahora, ¿qué le parece si nos dedicamos al examen de la situación? ¿Cuál es su opinión al respecto?

CAPITULO X

Merryl se paseó por la sala en que se habían congregado los cinco. Tras unos segundos de meditación, se detuvo y miró sucesivamente a todos los circunstantes.

—Ahora está claro —dijo al fin—. Usted, Rob, tiene razón. Una poderosa inteligencia, una especie de ser superior, ha conquistado el planeta, apoderándose de las mentes de todos sus habitantes. Para conseguir mejor sus fines, ha hecho que sus subordinados, por emplear palabras fácilmente inteligibles, se parasiten en los cuerpos humanos. Necesitan el contacto físico, para lograr el contacto mental, esto es algo irrefutable.

.Con toda seguridad, un parásito se comunica con su jefe a través del cerebro humano, infinitamente más potente. Pero, al mismo tiempo, el jefe domina a ese cerebro y le imparte órdenes telepáticamente, órdenes que no son sólo verbales, digámoslo así, sino también figurativas, cosa que demuestra el hecho de que usted y la señorita Temple fuesen reconocidos por tres personas que no les habían visto en su vida: el camarero y los dos policías. Esos tres hombres no necesitaron de fotografías para identificarlos.

Simplemente, les vieron con sus ojos humanos y se pusieron en comunicación con el ser superior a través de sus mentes, pero obligados a ello por el parásito. El jefe recibió también esas imágenes y dio orden de arresto. No le conviene en absoluto que haya personas capaces de hallarse fuera de su influencia.

—Y eso significa peligro para él —dijo Tower.

—Exactamente —convino Merryl—, La conquista de la Tierra se ha realizado con sorprendente rapidez. Cierto, nos ha procurado inmensos beneficios, pero al precio de convertirnos en sus esclavos. Y, aunque las ventajas sean muy grandes, el coste, para nosotros, es altísimo.

—Quizá no todos piensen como nosotros, doctor —intervino Faith—. Es de suponer que existan infinidad de personas muy satisfechas de su actual situación.

—Hormigas felices en mi hormiguero feliz —comentó Ina sarcásticamente.

—Es verdad —admitió Merryl—. Pero, como ha dicho Rob antes, el problema no estriba tanto en la actual situación, muy satisfactoria, si se quiere, pero que nos oculta ulteriores proyectos de ese jefe. ¿Piensa continuar como en la actualidad? Siendo así, valdría la pena desistir de la lucha. Pero, ¿y si tiene otros proyectos, desconocidos para nosotros, pero que un día pueden anular las actuales ventajas? A nadie le gusta, creo yo, que alguien disponga de uno mismo, sin contar con su asentimiento para hacer algo que quizá no resulte agradable ni beneficioso.

—En resumen, el problema estriba en hallar el escondite del jefe —exclamó Tower.

—Y llegar hasta él —respondió Merryl.

—Y, aún más —añadió Faith—. Luchar contra ese ser y derrotarle.

Sobrevino una pausa de silencio. La discusión parecía haber entrado en un punto muerto, del

que nadie sabía cómo salir.

Tower fue el primero en hablar, después de casi un minuto.

—Sólo hay una solución —dijo.

Cuatro pares de ojos le miraron ansiosamente. El joven movió la cabeza repetidas veces.

—Debo permitir que un parásito se adhiera a mi pecho —añadió.

—¡No! —gritó Faith apasionadamente—. Podrías morir...

—Si evito ideas perniciosas, no —contradijo él—. El ser no me lo permitirá, desde luego. Antes me advertirá con pinchazos, como suele ocurrir. Pero no llegaré al extremo a que llegaron Daphne y Richard. Miró a todos los presentes.

—Soy e! único que no ha experimentado lo que se siente al ser poseído por un parásito. Todos ustedes lo saben, pero tenían la desventaja de que ignoraban lo que sucedía. En cambio, yo sé lo que iré puede pasan

Merryl levantó una mano.

—Creo que Rob tiene razón —intervino—. Corre un peligro, ciertamente, pero está advertido, cosa que no nos sucedía a nosotros. Yo mismo ignoraba que pudiésemos morir a consecuencia de un pinchazo del parásito. Me sentía contento, feliz y lleno de un sano optimismo, pero ignoraba a qué achacarlo. Ahora ya lo sé y, a pesar de todas las ventajas, no me gusta.

—Bueno —cedió Faith a regañadientes—, pero, en tai caso, ¿cómo lo hará?

—Sólo se puede conseguir de una forma: internándose en mi Clínica. A Adela le implantaron otro parásito, aunque ella lo destruyó más tarde, como destruyó también el mío. Pero nadie más que nosotros lo sabe y yo puedo llevarle allí para «curarlo». El resto será fácil.

—Rob, ¿qué harás cuando te hayan implantado el ser? —preguntó la muchacha ansiosamente.

—No lo sé. Ignoro por completo lo que se siente en esa situación. Por mucho que me hayan contado sobre el particular, nada como la experiencia puede decir lo que pasa una vez cautivo del disco —respondió Tower.

—Y, en último caso, siempre puedes quemarlo con la brasa de un cigarrillo —terció Adela—. Yo lo hice y fue muy fácil.

—Sí, nos tienen prisioneros, pero, en cierto modo, son tardíos en reaccionar ante determinadas circunstancias —dijo Merryl—. Bien, Rob, ¿cuándo empezamos?

Tower echó a andar hacia la puerta.

—Ahora mismo, doctor. No perdamos más tiempo —contestó.

—Rob, quiero advertirle una cosa. Hasta cierto punto, el parásito deja libertad de acción y de pensamiento —dijo el médico—. Téngalo en cuenta y no rebase los límites que usted sabe pueden ser muy peligrosos.

—No se preocupe, doctor —sonrió el joven.

Abrió la puerta, dio dos pasos y se detuvo como si le hubiesen clavado los pies al suelo.

A través de un potente megáfono, clamó una voz:

—¡Están completamente rodeados y no tienen escapatoria! ¡Salgan todos, de uno en uno y con las manos en alto! ¡No queremos hacerles daño, pero sí se resisten tendremos que matarles!

Tower alzó los brazos en el acto. Atónito, pero también deprimido, contempló el insalvable círculo de aeromóviles que rodeaba por completo el edificio.

Hacía tiempo que la policía había dejado de usar armas, pero en aquellos instantes adquirió la convicción de que había cuarenta o cincuenta fusiles apuntándoles desde unos treinta y cinco metros de distancia. Y los hombres que empuñaban aquellas armas, estaban dispuestos a utilizarlas sin piedad.

Sólo podía hacer una cosa.

—Nos rendimos —exclamó.

***

Estaba solo en e! interior de una celda.

Ignoraba dónde se hallaban sus compañeros, aunque presumía que no podían estar muy lejos. Seguramente, en celdas vecinas.

Habían sido conducidos a la Clínica en vehículos separados, sin que pudieran verse ni mucho menos cambiar unas palabras de despedida. Tower llevaba ya veinticuatro horas de encierro y aún no había visto a nadie, salvo a unos auxiliares sanitarios, que le habían llevado las comidas a las horas adecuadas.

Se preguntó si el jefe deseaba su muerte. Seguramente, no; le convenía más tener esclavos. De lo contrario, habrían muerto allí mismo, en la cabaña donde habían discutido la situación.

Ellos no eran tan peligrosos como Gibson y Blandish, quienes tenían a un disco cautivo y se disponían a disecarlo. Le implantarían un parásito y...

La puerta se abrió de repente y un hombre penetró en la celda, sonriendo afectuosamente.

—Devers, médico jefe —se presentó.

Tower se levantó.

—¿Doctor?

—Tengo noticias para usted. Necesita ser reeducado.

El joven pensó que lo mejor era no oponer resistencia.

—Sí, doctor,

—Ha realizado algunas acciones indignas de una persona civilizada. No se le castigará, porque, si el delito ha sido abolido, también se han abolido las penas, pero sí haremos algo que evitará un comportamiento Indecoroso en lo sucesivo.

—Estoy de acuerdo con usted y me siento arrepentido de todo lo que he hecho —dijo Tower.

De algún modo, pensó, el jefe recibiría la respuesta y se sentiría satisfecho al «escucharle».

—Muy bien, me agrada su forma de pensar —sonrió Devers—. Por favor, tiéndase en la cama.

—Desde luego, doctor.

Tower se echó boca arriba. Devers se acercó a la cama y sacó una cajita de forma oblonga, cuya tapa levantó en el acto.

El fondo de la tapa se apoyó en el estómago del joven, Tower vio algo que salía de la caja y se movía muy lentamente.

—No se mueva, por favor —pidió Devers.

Tower le miró un instante. También Devers llevaba su parásito adherido al tórax. No debía reprocharle lo que hacía. Devers creía que era justo. Sus manos obedecían a las órdenes que

recibía de una mente esclava de otra infinitamente más poderosa.

El disco se deslizó suavemente. Era frío, aunque no helado, y su contacto no parecía tan repulsivo. De pronto, se detuvo.

Tower sintió en aquel punto de su piel una serie de pinchazos múltiples, muy tenues. Se estremeció ligeramente, pero la sensación de desagrado desapareció de inmediato.

—Ya está —sonrió el galeno—. Descanse unos minutos, Luego podrá marcharse tranquilamente. Ya están avisados en recepción. Adiós, señor Tower, El médico se marchó. Tower quedó solo. Y, de súbito, una voz extraña resonó en el interior de su mente:

—Hola, Rob. Ya era hora de que pudiéramos comunicamos.

—Eres el jefe, supongo, dijo el joven, —Sí, lo soy.

* * *

Extrañamente, y aunque podía razonar con toda normalidad, Tower sé sentía poseído por una singular calma, por un sentimiento de paz que no había percibido jamás en su vida. Ahora se daba cuenta de que quería a todo el mundo y que no podría hacer el menor daño a ningún ser humano.

—¿Quién eres? —preguntó. Hablaba en voz alta, pero pensaba también las palabras. Y las respuestas llegaban a el a través de su cerebro.

—El jefe, ya te lo he dicho.

—Perdón, quería decir si tienes algún nombre...

—Puedes llamarme Lhengo. Todos nos llamamos de la misma manera. Aunque no importa demasiado, como puedes comprender.

—Sí, Lhengo.

—Tengo que darte instrucciones, Rob.

—Estoy dispuesto.

—Me has proporcionado muchos quebraderos de cabeza...

Tower percibió en su mente una risa silenciosa.

—Bueno —continuó Lhengo—, la frase no es enteramente apropiada a la situación. Tómala como una metáfora; lo entenderás mejor.

—Por supuesto.

—Decía que me has dado muchos quebraderos de cabeza. Ya se han acabado los problemas para mí. Y para ti también.

—Me encuentro satisfechísimo.

—Lo celebro. Y ahora escucha atentamente. Vivirás siempre que acates lo que voy a decirte. No volverás a relacionarte con los amigos recientemente adquiridos, esto es, las tres mujeres y el doctor Merryl.

—No me relacionaré con ellos.

—Se te prohíbe fumar y llevar fósforos encima.

—De acuerdo.

—Vivirás en otra parte, no importa dónde, con tal de que no lo sepan ellos. Busca un apartamento vacío e instálate en él.

—Lo haré.

—Puedes trabajar en lo que más te guste. Y no intentes siquiera atacarme: morirías en el acto.

—No te atacaré.

—Bien, creo que eso es todo. ¿Sabes?, creo que me gustas, Rob.

—¿De veras?

—Eres un hombre inteligente. Quizá tú y yo hagamos cosas magníficas algún día. En todo caso, ya te avisaré cuando llegue el momento.

—Estaré dispuesto, Lhengo.

—Eso es todo. Puedes marcharte,

—Gracias.

Tower se puso en pie y echó a andar hacia la puerta. Recordaba perfectamente cada palabra del diálogo y sabía que no podía quebrantar las prohibiciones que le habían sido dictadas. Pero no sentía el menor rencor hacia Lhengo. Al contrario, amaba a aquel ser misterioso del que ya se sentía esclavo.

Llegó a recepción y dio su nombre. La enfermera sonrió.

—Me alegro de que estés curado —dijo—. Oye, ¿sabes que eres muy guapo?

—Gracias —dijo Tower—, Tú también eres muy atractiva.

—Me gustas, Rob. Yo soy Marión Carlac.

La enfermera escribió algo en un papel y se lo entregó al joven.

—Saldré de aquí a las cinco. Ven a mi casa a las siete. Cenaremos juntos y luego nos amaremos.

—Iré, Marión.

Era muy hermosa, pero Tower sabía perfectamente que, aunque hubiera sido la mujer más fea del mundo, le habría resultado imposible desairarla. No se podía dejar de complacer a un ser humano.

Así lo había dispuesto Lhengo y era preciso acatar su ley.

* * *

Tower decidió no trabajar en una temporada

Nadie le dijo nada ni se le reprochó Cuando tenía apetito, iba a un restaurante y pedía de comer.

Sí quería divertirse, había sitios sobrados para ello. En innumerables ocasiones fue requerido por mujeres necesitadas de afecto. Otras veces, era él quien las buscaba.

Había momentos en que se acordaba de Faith, pero sabía que no podía intentar siquiera verla de nuevo. Tampoco había visto a Ina, Adela o el doctor Merryl.

Lhengo se lo había prohibido. Había que obedecer a Lhengo.

Olvidó fumar. Nunca llevaba fósforos en los bolsillos.

Sus sueños eran placenteros. Tenía todo lo que podía desear.

Su reloj se rompió en una ocasión y fue a una joyería, en donde eligió uno modesto, pero sólido. El joyero le reprochó que no eligiera otro de mejor calidad. Insistió tanto, que acabó por

llevarse uno de oro que en los viejos tiempos habría costado una pequeña fortuna.

Cierto día, algunos meses después de su «reeducación», se encontró con un viejo conocido.

—¡Rob! ¿De dónde sales, condenado pirata? —exclamó su amigo.

Tower estrechó afectuosamente la mano que le tendía Bill Adams.

—Hemos estado años sin vemos, en efecto —dijo—. ¿Qué tal tu viaje en la *Asneas*?

—Oh, maravilloso. Encontramos un planeta estupendo, con unos habitantes amables y hospitalarios... fue un viaje sumamente agradable. Lástima que las nuevas leyes prohíban los viajes espaciales.

—A cambio, tenemos otras ventajas, Bill—Eso es muy cierto. Tú también te sientes un poco defraudado por no volver al espacio, me imagino.

—Un poco, pero no me quita el sueño.

De pronto, una hermosa mujer se acercó a la pareja.

—Bill...

—Ah, hola, nena. Encanto, te presento a un buen amigo. Rob Tower. Rob, ésta es mi mujer. Linda.

Tower sonrió.

—Linda de nombre y de cara y de figura —dijo galantemente.

—Tú también eres muy guapo. Rob —contestó ella—. ¿Tienes algo que hacer?

—En estos momentos, no.

Linda se volvió hacia su esposo.

—Bill, ¿te importa que me vaya un rato con Rob?

—Oh, claro que no, encanto. Al contrario, me siento muy satisfecho —respondió Adams.

Linda se colgó del brazo de Tower.

—¿En tu casa, Rob?

—Claro.

Adams movió una mano en señal de despedida.

—Que os divirtáis... Ah, perdona un instante. Rob; había olvidado algo... ¿Qué tal tu expedición?

Súbitamente. Tower recordó la tragedia ocurrida en Ulthar 2. Y también se acordó del Sirkh.

—Murieron todos menos yo —contestó.

—Oh, cuánto lo siento. Adiós, Linda. Disfruta mucho. Rob.

Linda le miraba amorosamente. De pronto, Tower se dijo que no podría hacer una cosa semejante. Era una inmoralidad... Diría que le dolía la cabeza.

De pronto, algo le pinchó fuertemente en el pecho.

Y recordó que era un esclavo y que debía acatar las leyes dictadas por Lhengo.

Sonrió.

—¿Vamos. Linda?

—Sí, Rob.

CAPITULO XI

Inesperadamente, de una forma totalmente sorprendente, Tower, al cabo casi de medio año, recibió una llamada mental:

—Soy Lhengo. Ven.

—¿Adonde debo acudir? —preguntó el joven.

—Camina, simplemente.

Tower abandonó su apartamento. Veía y oía todo lo que sucedía a su alrededor en la calle, pero no sentía la menor curiosidad.

Una hora más tarde, salió de la ciudad. Siguió andando, con paso mesurado, seguro de que iba a un lugar en el que no había estado jamás, pero al que hallaría sin equivocarse. Diez minutos después, vio un aeromóvil parado a poca distancia y se metió en el aparato, al que hizo despegar inmediatamente.

El aeromóvil voló durante tres horas, a una media de setecientos por hora. Luego lo hizo descender al pie de una montaña de laderas muy escarpadas y penetró en un angosto cañón de muros casi verticales. .

El cañón tenía unos dos kilómetros de largo. Era como un colosal callejón sin salida, tallado por la naturaleza millones de años antes. Cuando llegaba al final, Tower hizo descender al aparato y una vez se hubo posado en el suelo, saltó fuera.

Avanzó hacia la pared rocosa. Una especie de compuerta giró a un lado, dejando a la vista un túnel iluminado por lámparas de color rojizo. Tower franqueó el umbral sin el menor temor. Al penetrar en el túnel, notó una elevación de la temperatura. Era de, al menos. 30° centígrados.

El suelo era completamente liso, espesante, lo mismo que las paredes. El techo era en bóveda de cañón, también muy pulido, Al cabo de unos momentos, sus retinas se acostumbraron a la luz rojiza y pudo captar más detalles.

A mil metros de la entrada se encontró de repente en una gran rotonda, en cuyo centro había una colosal semiesfera de vidrio, cuyo diámetro no bajaba de cincuenta metros. Bajo la cúpula se divisaba una especie de recipiente, también cóncavo, lleno de un líquido espeso y transparente. Flotando en aquel líquido estaba el Lhengo.

Tower se detuvo al borde de la cúpula. El Lhengo, observó, no tenía forma definida. Parecía un gran disco, de más de veinte metros de diámetro, por tres o cuatro de grosor, pero no se veía en su superficie el menor detalle que pudiera asemejarle a cualquier ser vivo conocido. No obstante, Tower comprendió que aquel colosal recinto era el habitáculo del ser que se había adueñado del planeta.

Al cabo de unos segundos, la voz del Lhengo resonó en el cerebro de Tower:

—Al fin nos «vemos», Rob. Si es que se puede hablar así en mi caso.

—Al menos, me ves con los ojos de la mente —dijo el joven.

—Nada más cierto. Pero siéntate; quiero que estés cómodo mientras conversamos.

Una silla surgió del suelo y Tower tomó asiento, poniendo sus manos sobre las rodillas. De cuando en cuando, apreció, se veían algunas ligeras ondulaciones en el cuerpo del Lhengo. Procedían del centro y se expandían hacia los bordes, sin ritmo alguno y con grandes intervalos en ocasiones. No obstante, la mayor parte del tiempo permanecía absolutamente inmóvil.

Después de una corta pausa, el ser volvió a hablar:

—Rob, eres el hombre que necesito. En tiempos me atacaste y luchaste contra mí, pero ahora estarás a mi lado. Y yo te haré conseguir fama imperecedera y tu nombre se mencionará mientras haya una sola estrella en el firmamento. Escúchame con atención...

* * *

El parlamento del Lhengo duró mucho rato. Cuando terminó de hablar, hizo una pregunta;

—¿Qué te parece, Rob?

—Lhengo, antes de darte la respuesta, me gustaría saber una cosa.

—¿Sí?

—¿Cómo llegaste a la Tierra?

—Me expulsaron. Eran más fuertes que yo y estuvieron a punto de destruirme. Por fortuna, pude alcanzar una astronave y viajar en ella hasta tu planeta. Llegué aquí hace muchísimos años y antes de decidirme a actuar, estuve observando atentamente vuestras costumbres.

—Escondido en alguna parte, supongo,

—Claro.

—¿Y después?

—Bien, me multipliqué... muy poco, no creas; digamos que tuve una veintena de descendientes. Pero fueron los suficientes para conquistar a los hombres que necesitaba. Y ellos fueron quienes construyeron mi refugio.

—Interesante. Sigue, por favor.

—Cuando ya pude residir aquí, volví a multiplicarme... y mis descendientes, a su vez, se multiplicaron también... En fin, una cadena ininterrumpida, que se propagó por el planeta con enorme rapidez. Por supuesto, en los primeros tiempos no hicieron nada, salvo evitar que sus anfitriones delataran que tenían un huésped. Y, cuando supe que todos, o casi todos los terrestres tenían un descendiente mío adherido a su cuerpo, me decidí a la acción.

—Un ataque rápido, sin posibilidad de contraataque. —Exacto. Pero la palabra descendientes no describe con justicia lo que realmente son. La verdad es que somos todos y somos uno al mismo tiempo, aunque yo viva aquí.

—Dirigiendo a todos y captando instantáneamente millones y millones de pensamientos ajenos, y sometiéndolos por completo a tu voluntad.

El Lhengo «rió» silenciosamente.

—¿Tan malo soy? He raído la delincuencia, el odio, la codicia... Ahora sólo hay amor, afecto, bondad... Todos tienen cuanto necesitan sin más que pedirlo y nadie se niega a dar nada a otro... ¿No crees que es una época dorada para la Tierra?

—Tienes razón —contestó Tower—. Nos has dado la felicidad y debemos amarte, respetarte y obedecer la menor de tus órdenes.

—Celebro que hayas cambiado tu modo de pensar. Y ahora que ya conoces algunos detalles de mi existencia, dime, ¿qué opinas de mi plan?

—Es perfecto, aunque tardaremos años en tenerlo todo a punto.

—No hay prisa. Tú eres joven y yo... Bien, lo cierto es que vivo desde hace incontables eones de tiempo y puedo vivir otro tanto. Vuestro promedio de vida se alargará, al menos, en cincuenta años. Por tanto, si ahora tienes treinta, podrás vivir ciento diez o ciento veinte más. Para tu especie, es una cifra muy satisfactoria.

—Lo es, en efecto. No obstante, se me ocurre cierta objeción...

—Habla sin temor. No vaciles en discutir conmigo algunos aspectos del plan que puedan desagradarte. Si es necesario, los alteraremos. A fin de cuentas, yo no soy omnipotente y necesito de vosotros, los terrestres.

—Gracias. Sólo soy un ciudadano corriente. Hay, o había, altos cargos políticos. ¿Qué dirán cuando empiece a divulgar los aspectos mínimamente indispensables de tus proyectos?

—Nada, no dirán nada. Simplemente, te obedecerán. Rob, en este planeta, antiguamente existía un cargo político, cuyo nombre lo decía todo: virrey. A partir de este momento, tú eres mi virrey, con la autoridad que el nombre conlleva. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor.

—Y todos se inclinarán ante ti y obedecerán la menor de tus órdenes, porque yo, desde aquí y a través de mis otros «yo», les haré que te obedezcan.

—Gracias. Considérame tu más fiel servidor, Lhengo.

—Yo también te doy las gracias. Por supuesto, tienes plena libertad de acción y tomarás los colaboradores que necesites. Pero debes empezar cuanto antes.

—Me hiciste una prohibición, sobre ver a ciertas personas...

—Puedes verlas y hablarlas y pedirles que te ayuden, si lo consideras necesario.

—Muy bien. Y ahora, una última pregunta, porque, me parece, hemos terminado de hablar, al menos en esta ocasión.

—Cierto. ¿Cuál es la pregunta, Rob?

—¿Por qué me has elegido a mí, precisamente?

—Estuviste en Ulthar 2.

* * *

Llamó a la puerta con los nudillos. No estaba cerrada con llave, pero quería evitar una escena desagradable. Faith podía tener un invitado y...

La voz de la muchacha sonó en .el interior del apartamento:

—¡Pase!

Tower empujó la puerta. Avanzó unos pasos y se detuvo en el umbral de la cocina. Faith estaba preparando la cena.

—Hola —dijo el joven.

Ella se volvió. Sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas al reconocerle.

—Rob...

Tower la estrechó en sus brazos. Faith lloró un poco, pero no tardó en serenarse.

—Pensé que no iba a verte jamás...

—Me lo prohibieron durante un tiempo. Ahora puedo estar contigo siempre que quiera.

—No sabes cuánto me alegro... Rob, estaba preparando la cena. ¿Quieres acompañarme?

—Claro, con mucho gusto. Dime, ¿qué sabes de los otros?

—Nos vemos en ocasiones. Adela y el doctor Merryl han conseguido muchísimo. Ella apenas sale de casa, para evitar que alguien le pida cosas que no quiere conceder sino al doctor, tú ya me entiendes.

—¿Qué me dices de Ina?

—Anda por ahí, en una clínica... Estaba casada, ya lo sabes, pero hace mucho que no ve a su esposo... Rob, ¿cómo te han levantado la prohibición?

—Estuve hablando con el Lhengo... bueno, el ser superior. He estado incluso en su alojamiento. Si te digo el cargo que me ha asignado no me lo creerás.

Tower sonrió.

—En estos momentos, y dejando de lado al Lhengo, soy el hombre con más autoridad de la Tierra. Literalmente, soy su virrey y todos los terrestres están en la obligación de obedecerme.

Ella le miró estupefacta.

—No hablarás en serio...

—Faith, las personas ya no mienten —dijo él gravemente.

La joven se puso una mano en la mejilla.

—¡Dios mío! Virrey de ese ser... Pero, ¿por qué? ¿Es que tienes que hacer algo especial?

—Sí, pero te lo contaré más adelante. Y también se lo contaré a Lane Merryl y a Adela... Habrá que buscar igualmente a Ina. Necesito tener una reunión con vosotros. Dispongo de plena autoridad para nombrar a mis colaboradores y vosotros vais a ser mi estado mayor.

—Increíble —dijo Faith. . Tower sonrió.

—Cuidado, se te va a quemar la cena —advirtió.

Ella enrojeció vivamente y se volvió hacia la sartén.

—Oh, lo había olvidado por completo... Rob, ¿obtendrás algún beneficio de tu nuevo cargo? —preguntó por encima del hombro.

—El placer y la satisfacción de servir a nuestro amo —contestó él solemnemente.

CAPITULO XII

—Vamos a reorganizar las fábricas de armamento y los arsenales... Revisaremos, repararemos y pondremos en estado de funcionamiento todas las astronaves existentes. Instruiremos de nuevo a las tripulaciones y conseguiremos que se construyan más naves. También hemos de reorganizar el ejército, en especial las tropas de choque, eligiendo para ello a los generales más capaces, los cuales, como es lógico, podrán designar a los componentes de sus estados mayores. Reclutaremos técnicos y obreros para las fábricas de armamento...

Tower habló en esté sentido durante un buen rato. Faith, Merryl, Adela e Ina, que había sido localizada al fin, le escuchaban en silencio, respetuosamente, pero estupefactos por lo que el joven les estaba relatando.

—Y todo eso, ¿para qué, Rob? —quiso saber el galeno.

—Somos terrestres y nuestra obligación es expandirnos por la Galaxia. Conquistaremos los planetas habitados y los someteremos a nuestro poderío. Y la Tierra y sus habitantes serán grandes como nunca lo fueron y todos nos respetarán y temerán. ¡Seremos los dueños del Universo!

—No está mal —comentó Ina.

—Maravilloso —calificó Adela.

—Y yo seré la virreina —exclamó Faith.

—Claro —sonrió el joven.

—Rob, ¿cuándo empezamos a trabajar?—Mañana mismo —respondió Tower a Merryl, autor de la pregunta—. De todas formas, esta noche quiero redactar un esquema del plan de acción... Faith me ayudará y mañana os entregaré una copia a cada uno de vosotros. A partir de este momento, quedáis nombrados mis ayudantes. Cualquier terrestre tiene la obligación de obedeceros sin rechistar. ¿Entendido?

—Sí. Rob, me gustaría que vieras una cosa —dijo Merryl.

Sacó un papel del bolsillo y lo desplegó con ambas manos delante del joven. Asombrado, Tower leyó:

¿Puedes encontrar algún modo de luchar contra el Lhengo? No temas, cuando se dicen cosas prohibidas, mediante la escritura, no sucede nada. Lo tengo bien comprobado. Para que suceda algo, es necesario hablar y pensar al mismo tiempo. Si no es así, la impunidad es absoluta. ¿Qué me contestas?

Tower meditó rápidamente. No podía caber duda alguna de lo que afirmaba Merryl. También él, en ocasiones, había pensado en rebelarse y no le había sucedido nada. Pero luego, inevitablemente, sabía que debía obedecer al Lhengo y se resignaba a la situación.

—Ese proyecto no queda bien —dijo—. ¿Me permites que añada una pequeña rectificación?

—Claro —accedió Merryl.

Tower tomó papel y lápiz y, rápidamente, escribió:

Busca unos cartuchos de dinamita, mecha y fulminantes. Di que necesitas hacer unas voladuras.

Aprovéchate de tu cargo de ayudante del virrey.

Devolvió el papel y Merryl lo leyó.

—Una observación muy atinada —declaró—. No se me había ocurrido, la verdad.

—Nos veremos mañana, a la misma hora. La reunión queda disuelta —dijo el joven.

Ina se puso en pie.

—Rob, no sabes cuánto me alegro de que el Lhengo te eligiera como virrey. Pero por qué a ti precisamente, cuando fuiste su más encarnizado enemigo?

—Yo también se lo pregunté. Me eligió porque había estado en Ulthar 2 —respondió Tower.

Y entonces recordó las palabras que le había dirigido el Sirkh, durante su única conversación, cosa que había llegado a olvidar por completo en los últimos tiempos. Quizá no la hubiera recordado, de no haber sido por la frase del Lhengo. Le había elegido porque había estado en Ulthar 2.

Sí, era una circunstancia muy interesante.

—Y yo doy las gracias al Lhengo por el nombramiento y seré su más fiel servidor, ahora y siempre

—añadió con solemne acento.

*   *   *

Un par de semanas más tarde, Tower volvió a la montaña y se situó frente la cúpula transparente.

—Dijiste que querías informarme personalmente —habló el Lhengo—. ¿De qué se trata, Rob?

—Los trabajos han comenzado con toda normalidad. La gente está conforme con tu grandioso plan.

—Lo celebro. Todo marcha bien, supongo,

—Sí, excepto una cosa.

—¿De qué se trata, Rob?

—Voy a hablarte muy seriamente. Hay confianza entre nosotros, supongo.

—Claro. Anda, hombre, no temas; habla sin reparos.

—A ti te expulsaron de Ulthar 2.

—Sí. Me odiaban... No me querían y estuvieron a punto de aniquilarme... ¿Cómo lo sabes?

—El pensamiento no conoce barreras. Tengo allí a un amigo. Me he comunicado con él y me ha contado muchas cosas sobre ti.

—No puede ser —«gritó» el Lhengo—. Yo me habría enterado...

—Cuando mi amigo el Sirkh, se despidió de mí anunció que me otorgaba una recompensa y me dijo que pensara en ella, si tenía problemas. Lo que sucede es que la situación en que encontré al planeta era tan desconcertante, que no volví a acordarme apenas del Sirkh y de sus promesas. Ahora lo he hecho,

—Si te hubieras comunicado con él, yo lo habría sabido. ¡No hay pensamiento que se me

escape! —«bramó» el Lhengo.

—En este caso. sí. Gracias a esa recompensa, pude ponerme en contacto con el Sirkh, sin que tú te enterases. Ya ves, hablamos de luchar contra ti, y tu congénere, el que llevo en el pecho, ni siquiera te lo pudo comunicar.

—Ordenaré que te perfore el corazón...

—No puede hacerlo. Mi mente es superior a la suya. Se lo he prohibido.

Lentamente, Tower llevó la mano derecha a su pecho y desprendió el disco, que lanzó a un lado con gesto despectivo.

—Lhengo, eres como todos los seres inteligentes que se han encontrado en tus circunstancias. Llegaste a dominar un mundo y ello te hizo pensar que, empleándonos como tus esclavos, podrías dominar el Universo. Los Sirkhs adivinaron tus propósitos y te expulsaron de Ulthar 2. Pensaron que te serviría de lección, porque no querían matarte, pero se equivocaron.

Nos concediste mil beneficios, pero no por mero altruismo, no por hacernos mejores, ni darnos la paz, sino porque un día querías utilizarnos como antiguamente se decía, «carne de cañón», para tus planes expansionistas. Eres muy poderoso mentalmente, pero estás limitado por tu constitución física. A fin de cuentas, no eres sino un parásito, que necesita de un organismo vivo para existir, aunque en tu caso, lógicamente, concurren circunstancias especiales. Pero el resultado es el mismo. Tienes que vivir ahí y sujeto a las limitaciones propias de tu cuerpo, aunque hayas emitido miles de millones de congéneres, que no son nada más que ramifijaciones, que pueden morir, si les falta la raíz. ¡Y eso es lo que va a suceder!

—¿Vas a matarme?

—Lo siento. No hay otra solución.

—¡No! —«chilló» el Lhengo—. No lo hagas. Ordenaré que todos mis congéneres abandonen los cuerpos terrestres. Se reunirán conmigo... Me iré a otro planeta... Prometo que no os haré daño...

—Al sirkh le dijiste lo mismo, pero mentías y, en cuanto te fue posible. volviste a las andadas. No queremos guerrear con otros pueblos de la galaxia ni sometemos a esclavitud, sólo para satisfacer tu ilimitada ambición. Queremos paz, pero elegida por nosotros mismos y no impuesta por una mente ajena, sobre todo, cuando esa imposición es arbitraria e injusta, aunque se disfrace con la capa de grandes beneficios, Lhengo, la decisión está tomada y es irrevocable.

—Está bien, pero aún no me conoces... Puede que yo muera, pero millones morirán también... Y tú el primero, aunque te hayas deshecho de mi congénere...

Una oleada de indescriptible maldad golpeó el cerebro del joven y le hizo tambalearse. Pero algo acudió en su ayuda a través de innumerables años luz.

«Resiste. Lucha. Pelea», le dijo el sirkh desde Ulthar 2.

Tower se enderezó. Parecía como si una mano invisible se apoyara en su espalda, proporcionándole sostén y aliento.

Miró fijamente a la cosa que estaba bajo la cúpula y luchó con la mente. Durante unos interminables segundos, dos poderosas fuerzas psíquicas chocaron entre sí, despidiendo invisibles chispazos que semejaban otros tantos rayos de colosal potencia. Pero, al fin, el poder de Lhengo empezó a decrecer.

Tower «empujó» más y más hacia adelante. El Lhengo «retrocedió».

De pronto, empezó a disminuir de tamaño.

Un gemido de dolor brotó del interior de su organismo.

—No..., no sigas...

Pero el joven se mantuvo inflexible. Si ahora cedía, los terrestres volverían a la esclavitud.

Y serían el ejército conquistador de aquel ser de infinitas ambiciones.

El Lhengo se empequeñeció.

Cada vez era más diminuto. Sus lamentos cesaron de pronto. Súbitamente, hubo una especie de remolino en el líquido, que se agitó unos momentos, enturbiándose un tanto, para volverse transparente antes de un minuto.

Y la presión que Tower sentía en su mente cesó en el acto.

Se relajó. Estuvo unos momentos contemplando el cuenco y luego, lentamente, dio media vuelta y buscó la salida.

Faith corrió al verle.

—¡Rob!

—Estoy bien —sonrió él, muy pálido, todavía empapado en sudor a causa del terrible esfuerzo psíquico que se había visto obligado a realizar.

Merryl avanzó hacia él, con un paquete en las manos.

—Has acabado con él, supongo —dijo.

—Sí. Puedes volar el túnel. Nadie volverá a penetrar ahí jamás.

—De acuerdo.

Adela se acercó y le besó en una mejilla.

—Gracias, Rob.

Llevaba algo en una bolsa y se lo puso rápidamente.

—Es hora de que vista decentemente —dijo, al abrocharse la blusa.

Tower sonrió.

—Volvemos a las viejas costumbres —dijo.

—No eran tan mala, me parece —contestó Faith.

—Algunas sí, la verdad. Pero confío en que lo sucedido sirva de lección para todos.

Ina se le acercó, llevando de la mano a un hombre alto y apuesto.

—Mi esposo Tony —dijo—. Ha vuelto al redil.

—Lo celebro —sonrió Tower.

—Bueno, eran otros tiempos... Tuvimos una discusión y nos separamos... Pero hemos visto que no podemos pasar el uno sin el otro —dijo la exuberante pelirroja.

—Les felicito sinceramente.

Merryl llegó corriendo.

—Alejémonos de aquí. La dinamita estallará dentro de cinco minutos —exclamó.

Contemplaron la explosión desde una distancia prudente. La tierra tembló mientras se hundían grandes trechos de las paredes del cañón. Una espesa humareda amarilla y grisácea subió a gran altura.

—Bueno, ahí se acaban los sueños de un ser ambicioso que convirtió a la Tierra en un

hormiguero —dijo Merryl.

Se toco el pecho y algo cayo al suelo. El disco no se movió.

A todos se les desprendían los parásitos. Estaban muertos desde hacía rato.

Tower agarró la mano de la muchacha,

—Faith, tenemos trabajo —dijo.

—¿Sí?

—Empieza una nueva era. Somos libres. Pero eso significa también responsabilidades, de las que nos habíamos desprendido hasta ahora.

—Claro, Rob. ¿Qué piensas hacer?

Tower levantó la vista al cielo.

—Me gustaría volver a Ulthar 2 —murmuró evocadoramente—. Es un mundo muy agradable... y debo completar la exploración que no pudimos realizar. Además, quiero darle las gracias al sirkh por su ayuda y... ¿Te gustaría venir conmigo, Faith?

—Iré a donde me lleves, Rob —contestó la muchacha.

Todos echaron a andar, tranquila, apaciblemente, sintiéndose libres de nuevo. Ya no eran hormigas, sino seres humanos.

FIN

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.

Impreso en España